

NOTICIA HISTÓRICA

SOBRE LA

BIBLIOTECA

DE BUENOS AIRES

(1810-1901)*

POR

P. GROUSSAC

EDICIÓN CONMEMORATIVA DE SU INSTALACIÓN EN EL NUEVO EDIFICIO
INAUGURADO EL 27 DE DICIEMBRE DE 1901



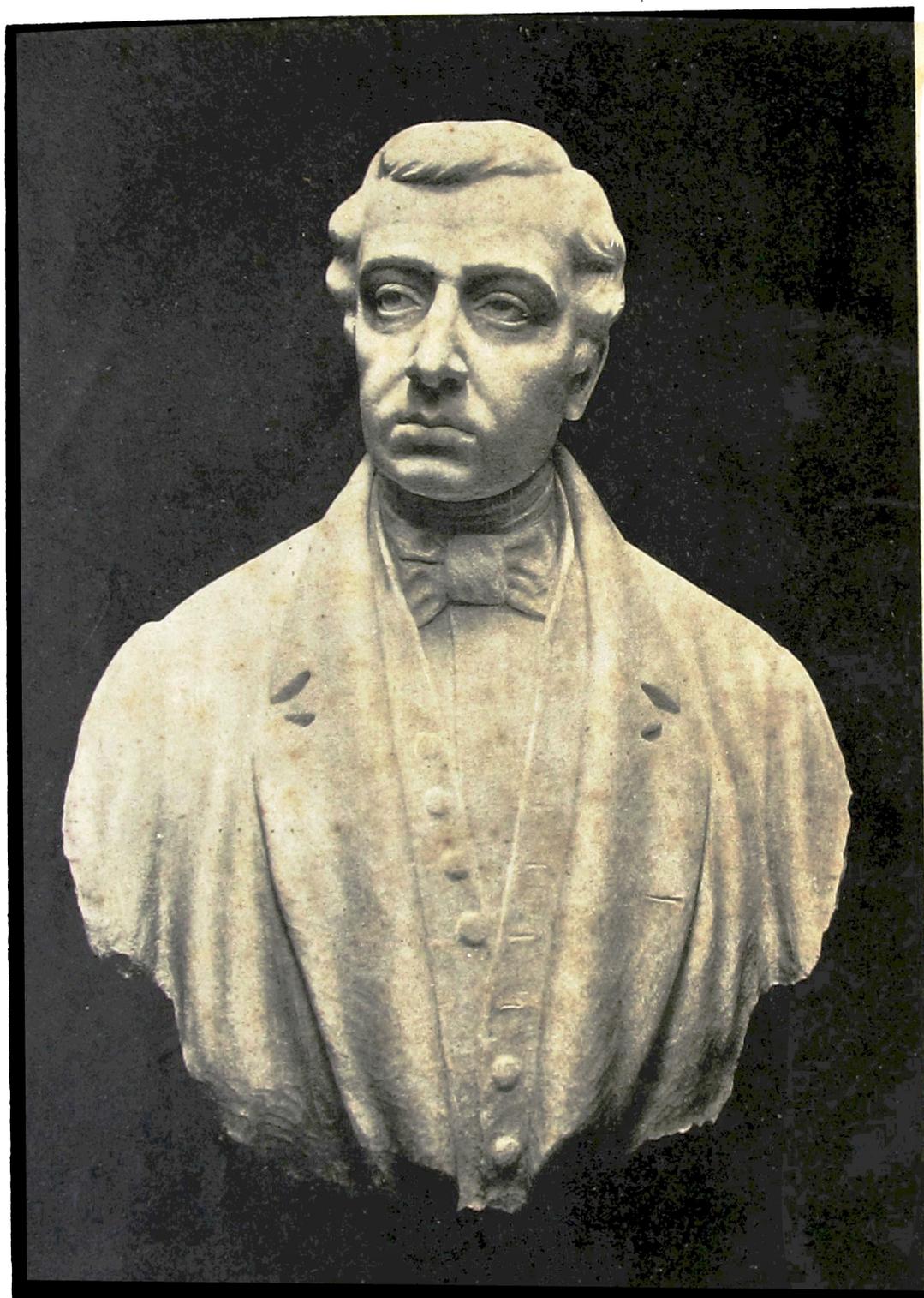
BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS

684 — CALLE PERÚ — 684

1901



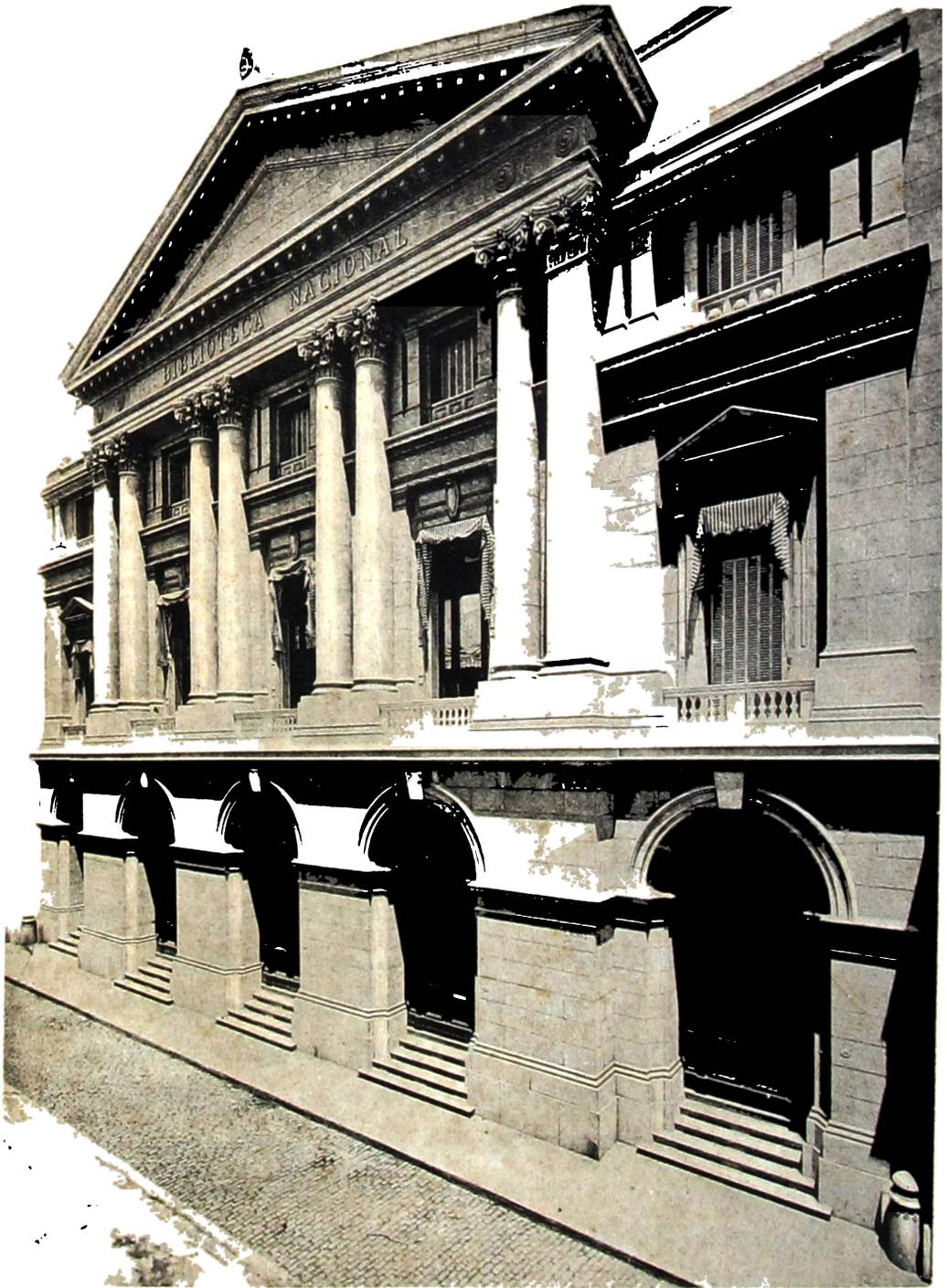


Mariano Moreno

Reproduzco esta noticia histórica de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires únicamente como un obsequio modesto á nuestros huéspedes de este día y un recuerdo de la inauguración del nuevo edificio. La distinguida concurrencia que hoy nos honra con su visita no ha menester de un comentario explicativo: tiene á la vista el local y sus instalaciones. La noticia descriptiva, destinada á los lectores del extranjero y conteniendo todos los datos de arquitectura, bibliografía y organización del servicio, que á los especialistas pueden interesar, será publicada oportunamente en castellano y en francés. Sólo me propongo, por ahora, completar la reseña que se esboza en los discursos oficiales y, con esta evocación de lo pasado junto á lo presente, prolongar siquiera por algunos minutos más la impresión fugitiva de esta fiesta y de las palabras en ellas pronunciadas.

P. GROUSSAC.

Buenos Aires, 27 de diciembre de 1901.



Fachada

LA BIBLIOTECA DE BUENOS AIRES

Paulatim crescam

I

La Biblioteca pública de Buenos Aires, hoy Biblioteca Nacional, fué creada por decreto de la junta gubernativa de las provincias del Río de la Plata, el 7 de septiembre de 1810, á inspiración de su ilustre secretario, el doctor don Mariano Moreno.

Nuevo en absoluto, no lo era sin duda el proyecto de tan benéfica institución. Desde 1796, el obispo de Buenos Aires, don Manuel Azamor y Ramírez, fallecido en ese mismo año, había legado por testamento su « famosa y costosa biblioteca á favor de su Santa Iglesia y de la pública educación y enseñanza » (1). Aun parece que el propio local, en que luego se instaló y funcionaba hasta ayer, fuera designado por el progresista virrey Vértiz, al anunciar en su amplia *Memoria* de 1784, que, con caudales procedentes de las Temporalidades, se estaban construyendo « con solidez permanente, varios edificios en el apreciable sitio que servía de huerta al Colegio de San Ignacio » (2). Entre dichos edificios, todos de índole educativa, figuraba naturalmente el de una biblioteca anexa al Colegio

(1) BIBLIOTECA NACIONAL, Manuscritos del D^r Segurola.

(2) REVISTA DEL ARCHIVO DE BUENOS AIRES, tomo III.

de San Carlos y la ya proyectada Universidad. Colecciones de obras en las escuelas y claustros, las hubo siempre, manuscritas ó impresas, desde la edad media, como que los libros son la misma materia didáctica. La idea propia de Moreno es el destino popular de la institución, independiente de todo vínculo universitario.

Después de germinar obscuramente por cerca de diez años, la iniciativa del obispo Azamor brotaba al fin en el árido suelo colonial, cuando la invasión inglesa de Beresford (1) detuvo bruscamente su desarrollo. Los años que siguieron, todos de tanteo crepuscular, de gestación inconsciente de la Independencia, eran sin duda los menos propicios para semejante realización. Representábase ya el prólogo del drama americano, á dos mil leguas de su verdadero escenario, no siendo aún más que lejanos espectadores sus futuros protagonistas. Por otra parte, hubiera faltado entonces todo apoyo administrativo para una institución de suyo emancipadora y subversiva de los abusos reinantes... ; Ya no eran los tiempos de Carlos III y de Vértiz, y los hacendados de Buenos Aires, por boca de su elocuente tribuno, se veían precisados á enseñar las liberales doctrinas de Jovellanos y de Campomanes á sus indignos sucesores !

Estalló el movimiento de Mayo, próximo precursor de la Independencia. Instalada en la fortaleza colonial, la primera Junta de gobierno acometió la magna empresa de irradiar su propaganda por la razón y por la fuerza hasta los confines del virreinato. ; Ardua situación, tan compleja en sus elementos nativos cuanto confusa en su alcance real ! Tan al sesgo se abordó el problema revolucionario, que la obra de emancipación se inauguró con un acto de feudo homenaje á Fernando VII, al rey fantasma que, desde Valençay, felicitaba al intruso José por su usurpación. Antes que vencer las resistencias externas, era urgente convencer las igno-

(1) Tal es decididamente la ortografía correcta, no *Berresford*. Tampoco era *lord* cuando la conquista : fué creado par en 1814, después de la batalla de Toulouse. Walter Scott ha celebrado su heroísmo (VISION OF DON RODERICK) :

*Shivered my harp, and burst its every chord,
If it forget thy worth, victorious BERESFORD !*

rancias y egoísmos internos, buscando un primer punto de apoyo en el obstáculo. Por desvalida que se encontrara la Junta, en punto á organización, armas y dinero, parecía aún más desprovista de experiencia política. Desconocida en Córdoba, rechazada en el Paraguay, resistida en Montevideo y atacada por el extremo norte; viviendo al día de donaciones patrióticas y requisiciones, tenía que improvisarlo todo, desde sus generales sacados del bufete, hasta sus estadistas, salidos algunos de un claustro provincial. Sin plan deliberado ni, á tenerlo, recursos aparentes para cumplirlo; igualmente destituida de ascendiente en las provincias y de prestigio exterior; con el enemigo en la frontera abierta, la asonada en la calle y la anarquía latente en sus propias entrañas: — entonces, esa Junta inexperta ¡ encontró tiempo para decretar y realizar la erección de una biblioteca pública! — Esto es admirable. Y más elocuentes que todos los panegíricos, me aparecen esas pobres páginas amarillentas de la *Gaceta de Buenos Aires* que nos enseñan, entre un oficio enérgico contra la insurrección de Montevideo y la lista de donativos para el ejército « de la patria » — ¡ tan conmovedores algunos en su ingenuidad! — la designación de Fray Cayetano Rodríguez y don Saturnino Segurola para bibliotecarios, y del doctor Mariano Moreno como protector de la naciente institución. — « ¡ Para bibliotecas estamos! » murmurarían sin duda los espíritus superficiales, los « filisteos » miopes que en todas partes y en todo tiempo forman las mayorías: los antecesores de los « prácticos » de hoy, que se encogen de hombros cuando se les repite que la crisis presente, verdadero marasmo político y social, no es en el fondo sino un problema de educación!

El verdadero y único fundador de la Biblioteca cumplía treinta y dos años en esos mismos días (1); sabido es que murió en el mar,

(1) Nació en Buenos Aires, el 3 de septiembre de 1779, según su hermano y biógrafo; el 23 de septiembre de 1777, según el « editor » de Londres y el Dr Juan M. Gutiérrez. La verdadera fecha, extraída de los registros de San Nicolás, es la del 23 de septiembre de 1778.

el 4 de marzo del año siguiente. En sus ocho meses de vida pública, sin otro puesto gubernativo que el de secretario de la Junta, llegó á ser y queda para la posteridad la figura civil más descollante de la Revolución. — Ciertos próceres de la Independencia surgieron con el prestigio del rango social ó la fortuna ; se apoyaron otros en el cordial compañerismo de la juventud ó trajeron al poder la autoridad moral de su carrera completada en Europa ; algunos, por fin, habían ceñido la espada y ostentaban la belleza varonil, el aspecto marcial y el valor brillante que seduce á las muchedumbres. Moreno pertenecía á una familia honorable, pero modesta y pobre ; su salud fué siempre delicada y su persona enfermiza ; no había viajado sino al Alto Perú ni conocido más capital extranjera que Chuquisaca, donde entre sacrificios pasó su escasa juventud y se graduó en ambos derechos.

Vuelto á su patria y establecido como abogado, á principios del siglo, conquistó rápidamente un puesto honroso en el foro, por su moralidad intachable y sus aptitudes jurídicas. Pero el éxito profesional no da sino un lustre casero. Su célebre defensa del gremio pastoril, en 1809, fué un acto público y una revelación. Como apoderado de los hacendados del Río de la Plata, dirigió al virrey Cisneros aquella memorable *Representación*, verdadera Carta fundamental de las franquicias coloniales, si no comparable por la firmeza del estilo y la nitidez de la exposición al clásico *Informe sobre la ley agraria*, de Jovellanos, no indigna de éste, sin duda alguna, por el vigor apremiante y eficaz de la argumentación. Fué nombrado, con el doctor Passo, secretario de la Junta gubernativa, en la histórica tarde del 24 de mayo de 1810 ; y nos dice su hermano que estuvo paseándose en su habitación, perplejo y pensativo, en esas horas consejeras de la noche, antes de admitir el cargo cuyas responsabilidades nadie mejor que él podía medir... Joven aún, sin ambición política, con una esposa traída del extranjero é hijos pequeños que á esa hora dormían tranquilos en el cuarto vecino, la vida le sonreía á la sombra apacible del hogar. Pudo

«trepidar» un momento, como él dijera, entre el mandato más alto y el llamado más imperativo, entre la patria y la familia, entre la gloria y la felicidad; acaso oyó también vibrar en su alma atribulada la queja de la carne humana que, hace dos mil años, acompaña todo aceptado sacrificio : *Transfer calicem hunc a me...* Pero, es seguro que si vaciló antes fué para no tener que vacilar después.

Desde entonces, en efecto, fué adelante sin desviarse un punto de su rumbo inicial, abriendo esa senda inflexible que fué la traza del camino de la Revolución, derribando á su paso cualesquiera obstáculos, hombres ó cosas, con una lógica imperturbable y terrible. Ora se tratase de refrenar las veleidades ambiciosas de Saavedra, ora de decidir sobre la suerte de los conspiradores de Córdoba, caía de su boca austera la sentencia del patriotismo y del deber. ¡Duro deber, no pocas veces! En las resoluciones de la Junta, era su voto el decisivo : y votó por la muerte de Liniers y sus cómplices, « sin frase », según la fórmula atribuída á Sieyès. No aseguro que la cruel sentencia no haya sido un crimen ; en todo caso no fué un error. Esa primera sangre vertida borró el pacto colonial; equivalió á un programa, siquiera negativo. Todo podían ser ya las provincias del Plata, menos un virreinato y una colonia española. Con la actitud irrevocable de Castelli y la ejecución de la Cruz Alta, la Junta revolucionaria había pasado el Rubicón. Ya era tiempo de principiar en Suipacha la epopeya que acaba en Junín (1).

La breve carrera política de Moreno tiene la rapidez y la rectitud del rayo; pero del rayo presagioso de la lluvia fecunda. La Junta tenía ocho miembros y una cabeza. De esa cabeza radiante de inteligencia y cargada de voluntad, se escaparon durante meses los proyectos salvadores, las palabras decisivas, las enérgicas resolu-

(1) Ayacucho es un epílogo; además no había allí más que un escuadrón argentino. El último cuadro es realmente Junín, con las proezas de Necochea y el clásico canto de Olmedo.

ciones, que no eran fórmulas vacías, sino anuncios certeros de la próxima realización. Fundador y redactor casi único de la primera *Gaceta de Buenos Aires*, Moreno vertía allí la enseñanza política, la doctrina justificadora de sus actos presentes ó futuros, el plan de resistencia patriótica, que entrañaba entonces el único programa de gobierno: la lucha por la vida y la libertad. Pero iba más allá su larga mirada de estadista y pensador: si era imprescindible fundir en el fuego de las batallas la masa revolucionaria, no era menos urgente preparar de antemano el molde en que pudiera aquélla vaciarse más tarde, para surgir algún día en forma de nación.— Los que tachán de inútiles, por prematuras, las tentativas civilizadoras, las fundaciones ó reformas de Moreno ó Rivadavia, olvidan que cada progreso es un asalto; y que, casi siempre, el éxito del segundo ataque se ha hecho posible con el rechazo del primero: el que abrió la brecha, debilitó la defensa y, con los mismos cuerpos de las víctimas caídas, allanó el camino al vencedor. Sobre las doctrinas de Moreno y las iniciativas de Rivadavia cayó como un sudario el largo invierno de la barbarie. Pero fué superficial y pasajera la obra de esterilización. Y si más tarde, para los hijos, la primavera tuvo flores y frutos el estío, fué porque, con imprevisión aparente, habían los padres arrojado al viento, para que brotaran en el suelo patrio, esas semillas de bendición.

Ante su muerte prematura, los clásicos contemporáneos de Moreno evocaron más de una vez la sombra virgiliana de Marcelo, emblema de la esperanza tronchada en su pleno vuelo y gracia juvenil. Pero la obra de Moreno fué mucho más que una promesa. La llama fugaz que ilumina su vida es el relámpago del genio; y éste, para mí, resplandece en sus actos, aún más que en sus escritos, que no fueron, por otra parte, más que una de las formas de su actividad. Moreno fué una inteligencia flexible puesta al servicio de una inflexible voluntad: y es esta combinación la que produce el genio.— Conviene repetirlo á esta juventud argentina, justamente orgullosa con su espontaneidad intelectual, pero que malogra

en gran parte su aptitud nativa por falta de aplicación enérgica y prolongada. La inteligencia no es más que una virtualidad, por sí sola pasiva é insuficiente ; para llegar á la «actualización», si es tolerable el neologismo (*quod est in actu*), es necesario fecundarla con la labor paciente, con el esfuerzo incesante, con la persistente y dolorosa tensión de la voluntad. Ninguna cosecha valiosa es dón gratuito. La bíblica sentencia envuelve á la tierra con su habitante, y, á la par del yermo desnudo, la inteligencia baldía ha sido condenada á la esterilidad : «sin el sudor del rostro tan sólo yerbas producirá». Nada original y viable puede salir de la observación superficial, de la producción temprana, de la adquisición prestada, del saber á medias y de oídas, sin pesquisa personal ni sinceridad : nada más que imitación exánime, ecos efímeros sin vibración potente, flores de papel y frutos de cartón, — la sombra de una nube sobre el agua. Schopenhauer, después de Bichat, y mejor que él, ha demostrado magníficamente ese «primado de voluntad» en el organismo pensante ; y en un opúsculo complementario de su obra fundamental —con ese desdén de la modestia disculpable en el genio — él mismo se compara con Lavoisier, pretendiendo que su análisis de la voluntad y de la inteligencia es, en filosofía, lo que, para la química, la separación de los dos elementos del agua (1). — Pudiera perseguir la imagen sin esforzarla, asimilando la inteligencia al elemento inflamable y ligero, y la voluntad al oxígeno, principio y medio de la vida, sin cuya presencia el otro sólo sería eternamente un soplo vano, imponderable é invisible, nunca jamás condensable en líquido nutricio ó perceptible en fuego y resplandor.

Fuéle concedida á Moreno esa perspicacia intelectual, que es casi una «segunda vista» y constituye al genio con adherirse á la voluntad heroica. Antes que nadie, él formuló netamente el problema de la emancipación y puso en obra, con suprema energía, todos los

(1) SCHOPENHAUER, *Ueber den Willen in der Natur*.

medios y todos los extremos necesarios para alcanzar su fin. La obra duró más que el obrero; y, por esto, su gloria póstuma, que repara las crueldades del destino, parece que no guardara proporción con lo breve del esfuerzo varonil. Pero en este caso es justiciero el fallo de la posteridad. Encaró Moreno la cuestión nacional bajo su doble faz perenne, colocándose por instinto genial en el crucero desde donde se divisaban las lejanas perspectivas de lo porvenir. Su mirada de águila percibió á la distancia los dos puntos sombríos que se acercaban al encuentro fatal, no para combatirse, sino para emprender juntos el ataque al naciente organismo argentino y á la civilización. Todo lo demás ha sido accesorio ó fugitivo; pero los dos enemigos encarnizados y renacientes que Moreno señaló — la ignorancia y la anarquía — quedan, después de noventa años, adheridos á la democracia hispano americana, siempre atacados, nunca vencidos. La ignorancia popular era el legado indeclinable de la raza y del sistema colonial: contra ella quiso mover la prensa, la escuela, la biblioteca, la universidad. La anarquía asomó la cabeza viperina juntamente con la primera intrusión de los diputados provinciales en la Junta central ejecutiva. Moreno preveía el resultado de esa confusión y conflicto de poderes: se opuso al principio para no tener que combatir las consecuencias: *principiis obsta*. Cayó vencido; pero su pensamiento escrito, su obra trunca, sus generosas iniciativas quedan en pie. El relato de su vida entera es un cabal ejemplo de civismo, y su misma caída gubernativa, una alta lección de filosofía política.

Al año siguiente de la muerte de Moreno, pudo su hermano y primer biógrafo deplorar con justicia que en el establecimiento por él fundado no se viera su busto, « como el de Franklin en la biblioteca de Filadelfia ». Después de ochenta años, su queja ha sido oída y su voto cumplido. Hace algunos meses que la imagen respetada se alza en nuestro salón principal. Sin aparato ni ceremonia (1),

(1) Esto se refería al busto de yeso que se veía en el antiguo salón de lectura. El nuevo, de mármol, que juntamente con el edificio se inauguró, es obra de verdadero valor

la actual Dirección, ha colocado en su modesto pedestal el busto costeadado con los fondos del establecimiento. Creo que esta forma de homenaje silencioso es la que él mismo prefiriera. ¿Á qué enseñar el retrato del fundador al público indiferente que no conoce la fundación? Basta que le contemplen aquellos que, con su presencia asidua, tributan á la obra de Moreno la aprobación más eficaz. Alrededor de la blanca figura apacible, se sucederán las generaciones de lectores, en busca de la ciencia fecunda, del arte civilizador. Tendrán á la vista otra enseñanza. Durante los minutos de tregua mental, podrán alzar los ojos y contemplar la frente despejada que fué molde de una razón luminosa; la curva en arco tendido de los labios persuasivos, que no se abrieron sino para palabras dignas de ser oídas; la resaltada barba napoleónica, indicio de energía y voluntad: pareceráles por instantes que un rayo de ultratumba, filtrando por la hueca pupila, se esparce en la cabeza del numen tutelar, ya revestida con la nobleza serena y la belleza exangüe de la inmortalidad.

Fué grande, fué puro; guarda su corta vida la unidad vibrante de un acto de fe: á costa de cualquier sacrificio y sin un desfallecimiento, rindió culto al deber, al patriotismo, al desinterés — y sobre todo á la sinceridad, que es la más alta de las probidades. ¡ Bendita sea su memoria !

II

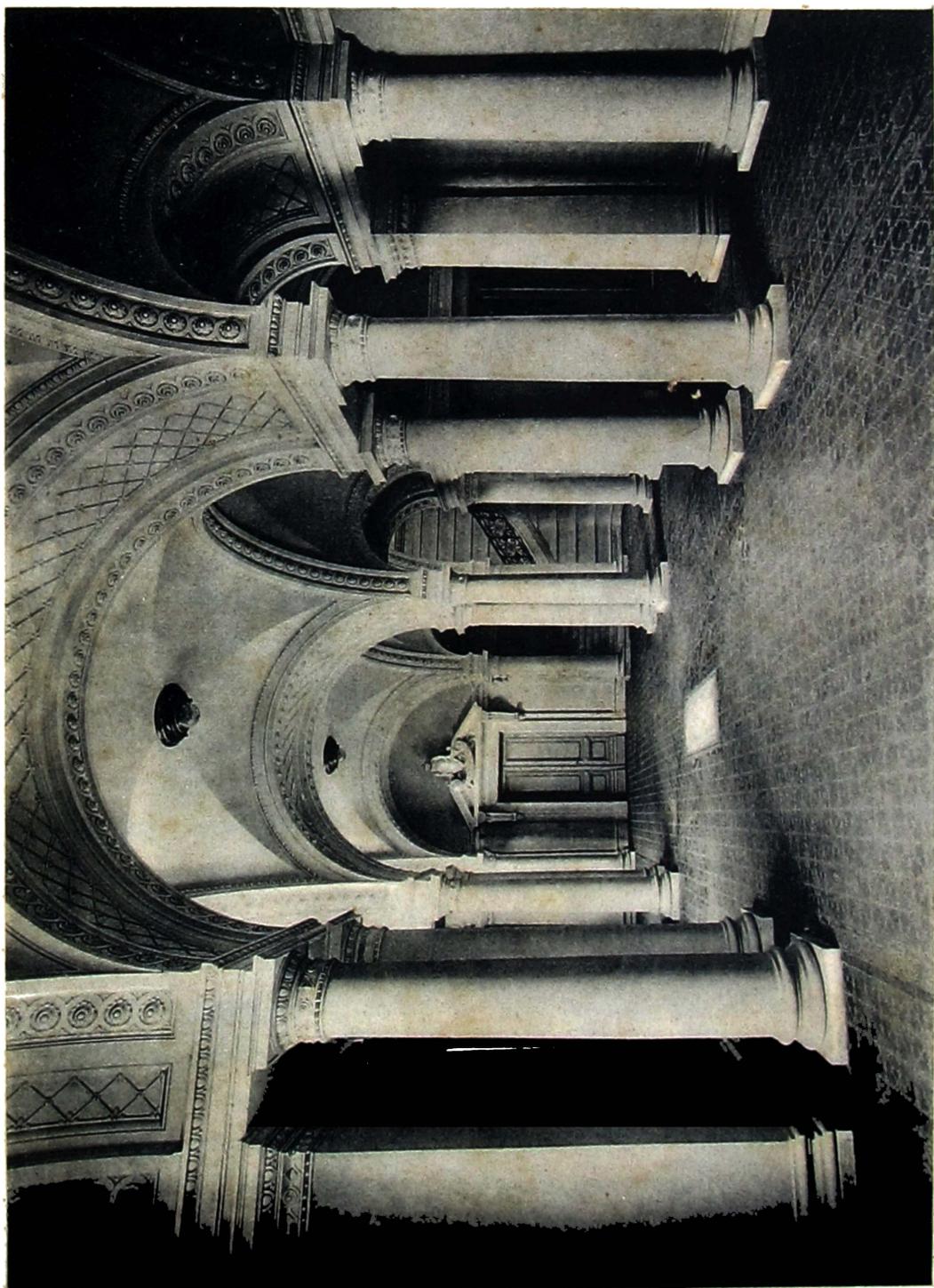
A los pocos días de decretarse la fundación de la Biblioteca, afluyeron de todas partes las dádivas en libros y dinero, que formaron la base primitiva de la institución. El Cabildo eclesiástico hizo entrega inmediata de los libros donados por el obispo Azamor, sin observación alguna y bastándole, según la frase de Moreno, que

artístico, debida al cincel del escultor argentino don Manuel Aguirre, que la ha ofrecido á la dirección de la Biblioteca.

« se guardara el fin principal de su disposición, es decir, el beneficio público que resultaría de este establecimiento ». El colegio de San Carlos incorporó casi toda su librería, y su rector, don Luis José Chorroarín, le agregó la suya particular. Igual desprendimiento mostraron don Manuel Belgrano, la señora de Labardén, el doctor Agüero, el protomédico Miguel O'Gorman y muchos otros. Arrastrada por el entusiasmo irresistible de Moreno, la población urbana, sin distinción de nacionalidad, tuvo á honra responder al alto llamamiento. Contribuían los ricos con centenares de pesos, los pobres con su óbolo, más meritorio aún. La suma recolectada en dos meses pasa de 10.000 pesos, y no ha de ser inferior á 4000 el número de volúmenes donados, que representan una cantidad muy superior, fuera de algunas obras cuyo valor venial no puede apreciarse (1). La sola agrupación inglesa remitió 176 onzas, y muchos libros más ó menos valiosos. Entregada á los bibliotecarios la sección del edificio que se destinó para el establecimiento, — la parte que da á la actual calle de Moreno, — procedióse á la instalación, dando ésta lugar á nuevas manifestaciones simpáticas del vecindario: muchos muebles, mesas, estantes, escribanías, fueron ofrecidos gratuitamente. Hasta el venerable registro de donaciones, « forrado en tafíete y grabado en ambas caras con guarniciones de oro », que se empleó hasta 1875, es regalo del vocal de la Junta, don Juan de Larrea.

No carecería de interés casero — y acaso público — una reseña de las principales donaciones hechas al establecimiento: acaso me resuelva á ensayarla en la introducción del tomo siguiente del catálogo. Pasarán allí en honroso desfile los nombres más ilustres de la historia argentina. Podrían dar lugar á observaciones curiosas ciertas correspondencias ó contrastes entre el donante y la donación. Seguramente, no pocas dádivas inesperadas traen el recuerdo de una fábula de Fedro y La Fontaine — *El Gallo y la Perla* —:

(1) El cómputo de Zinny (*Gaceta de Buenos Aires*) es muy inferior á la realidad, como que sólo se refiere á las donaciones particulares consignadas en la *Gaceta*. Omite, naturalmente, las donaciones en globo que fueron la base de la Biblioteca.



Vestíbulo

es evidente que algunas poseedoras de ceñudos *Tractatus* de derecho ó teología se desprenderían de ellos con más facilidad que de tal ó cual novela lacrimosa, como la *Matilde* de M^{me} Cottin. Pero muchos también ofrecieron obras valiosas de su uso diario y profesional : así las de Galeno, Etmuller, Haller, el Dioscórides anotado por Laguna, y muchas otras remitidas por el doctor O'Gorman. — Otros envíos son instructivos ó picantes como una nota biográfica. Un señor Isla, oficial de Temporalidades, remite « tres libros que tenía prestados á don Santiago Liniers », y son una Ordenanza, un Diccionario castellano y una Ortografía de la misma lengua : el documento de consulta del militar y las dos muletas del extranjero obligado á redactar en español. Moreno, escrupuloso, decreta : *Justifique la propiedad...*

El viaje del protector de la Biblioteca no interrumpió el movimiento iniciado : durante todo el año de 1811 se registran actos generosos análogos á los anteriores. Con todo, es permitido creer que, á estar presente el doctor Moreno, no se hubiera demorado más de un año la inauguración. También es casi seguro que, sin incurrir en el aparato un tanto teatral que acostumbró más tarde Rivadavia, se hubiera realizado el acto con la solemnidad correspondiente á su importancia y á la digna actitud de la población. La Biblioteca abrió sus puertas al público el 16 de marzo de 1812, al parecer sin ceremonia alguna ; y no creo que quede más dato de esta inauguración que un breve anuncio en la *Gaceta de Buenos Aires*. Ya no estaba allí Mariano Moreno.

De los primeros bibliotecarios ya nombrados, el doctor Segurola presentó su renuncia antes de la instalación, por tener que dedicarse « á la propagación y conservación del fluido vacuno, además de muchas otras atenciones públicas ». Fué substituído por el doctor don Luis José Chorroarín. Volveremos á encontrar al renunciante en la propia Biblioteca, algunos años después.

El primer bibliotecario, fray Cayetano José Rodríguez, era franciscano, como el padre Esquiú, la otra gloria del clero argenti-

no; y tan numerosos son los rasgos comunes á sus altas figuras cristianas, que, al pretender caracterizar al primero, vuelven á la memoria algunas de las fórmulas felices con que describieron al segundo los dos maestros de la prosa argentina, prematuramente arrebatados á nuestro afecto y á nuestra admiración (1). — Ambos fueron ejemplo de virtud cristiana en el claustro y en el siglo; y amantes de la humanidad y la pobreza hasta en la vida tumultuaria que el uno aceptó por deber, como en la elevación jerárquica á que el otro se resignara por obediencia. Verdaderos imitadores de su segundo Maestro, ese ingenuo y encantador Francisco de Asís, recibieron del cielo el talento abundante y fácil, como una gracia necesaria á su misión evangélica, y sin mostrar por ello orgullo ni esperar recompensa. Á medio siglo de intervalo, tocóles presenciar dos momentos solemnes de la evolución argentina; y admitieron como un deber anexo á su apostolado el recargo de labor impuesto por el patriotismo. Oradores sagrados no negaron en los días solemnes el apoyo de su elocuencia á la obra nacional; pero sin olvidar jamás, como otros frailes más turbulentos, que, en cualquier sitio donde hablasen, su tribuna era siempre un púlpito. Amaron las letras con un ardor fervoroso el primero, como una fruta exquisita y casi prohibida el segundo; aquél, más universitario é impregnado de tradición salmantina, no resistía bastante á la tentación del consonante; este otro, más austero y místico, hubiera desdeñado como una vanidad ó desechado como una flaqueza la seducción del metro y de la prosa literaria. Siendo, uno y otro, de vida pura y ejemplar, puede decirse que Rodríguez perteneció más á su claustro y Esquiú á su celda. Pero, al fin, entre los dos era el poeta el que nunca hizo versos, y su página tan citada sobre la vida universal parece una amplificación generosa y moderna del *Canto de las criaturas*.

En esta breve reseña de la Biblioteca, no corresponde apreciar sino desde un punto de vista especial la vida pública de sus más

(1) N. AVELLANEDA y P. GOYENA. *Fortunati ambo! si quid mea carmina possunt...*

ilustres directores. Es muy conocida, por otra parte, la carrera del miembro del congreso de Tucumán y redactor de sus sesiones. Sabido es que nació en San Pedro, á fines de 1760, y que, desde la temprana edad de dieciseis años, vivió en el convento de su orden ó en la Universidad de Córdoba: aprendiendo, enseñando, dedicado á su ministerio como al deber más sagrado, y á las letras como á la más noble distracción. Hizo más que prever la revolución americana, á cuyo servicio pusiera desde el primer día su alma toda y su talento: desde su claustro franciscano, la anunció en inolvidables palabras que de antemano formulan su programa y sus exigencias: « Nos agobiamos bajo el yugo, cuando tiempo ha se nos viene á las manos el sacudirlo. Pero es necesario trabajar, ilustrarnos. *No sé qué presagios advierto de libertad, y es necesario formar hombres!* » (1). Entré los hombres que formó estaba Moreno, que le debió en gran parte la terminación de sus estudios y con quien le ligó estrecha amistad. El maestro fué colaborador abnegado de su discípulo predilecto, y el continuador de su obra en la Biblioteca, hasta el año 14, en que le sucedió el ilustrado oriental, doctor Larrañaga. Volvió del congreso de Tucumán, sin duda con el presentimiento de lo frágil y artificial de la obra constitutiva. Pasó en el silencio sus últimos años, pudiendo repetir en la vejez el hemistiquio de Stacio que en su juventud aplicaba á la inercia colonial: *Steriles transmisimus annos* (2). Sacóle por última vez de su retiro la célebre reforma eclesiástica de 1822; y el monje se hizo nuevamente publicista para defender en el *Oficial de día* los privilegios que él llamaba derechos del clero, y reducir á sus proporciones reales los abusos y escándalos privados que se denunciaban como generales. En globo y á la distancia, puede creerse que Rivadavia tenía razón en el fondo, si bien el « volterianismo » del *Centinel*a no era la forma más eficaz. La posición personal del ve-

(1) Citado por el Dr. Juan M. Gutiérrez.

(2) SILV. Lib. IV, Carm. II. — Es el epigrafe del *Redactor del Congreso*.

nerable fraile era inatacable; y no necesitaba demostrar que, á parecersele sus compañeros de claustro, la faz moral de la reforma hubiera sido inmotivada; pero era harto fácil probarle que, además del punto de derecho público comprometido, no se le parecían absolutamente muchos de sus hermanos en san Francisco. Es muy probable que lo arduo y amargo de la tarea abreviase los días del noble anciano; murió el 21 de enero de 1823, no sobreviviendo sino un mes justo á la sanción de la famosa ley.

El canónigo don Luis José Chorroarín, su colega en la Biblioteca, es también merecedor de un recuerdo honroso por sus esfuerzos en bien de la pública instrucción. Nacido en 1757, se distinguió desde la juventud por su ilustración y sus dotes oratorias. Ocupó desde 1783 la cátedra de filosofía en el colegio de San Carlos y tuvo entre sus discípulos á Belgrano y á Zavaleta. Rector, más tarde, de dicho colegio y diputado al Congreso, nos interesa, sobre todo, como director y generoso fomentador de la Biblioteca pública. Hemos dicho ya que fué uno de los ciudadanos que respondieron al llamamiento de Moreno, donando á la institución toda su librería particular. Además de otros actos de desprendimiento, debemos á su amistad con don José A. Miralla, uno de sus discípulos quedados, á la sazón residente en la Habana, la magnífica colección de clásicos griegos, latinos y franceses de Bodoni (1). En recompensa de sus servicios, el gobierno decretó, en 1821, que el retrato del benemérito bibliotecario se colocase en la primera sala del establecimiento « porque es también un *principio de economía* sacar de la esfera de lo común los talentos y las virtudes ». — El homenaje pudo parecer excesivo; y con mayor razón, cuando, dirigido á un vivo, dejaba en olvido á un muerto incomparablemente más acreedor á tal demostración. — Entre los dos grandes obreros de la na-

(1) Las ediciones de Bodoni son admirables por la ejecución tipográfica; por lo demás, merecen de importancia filológica y hasta de corrección. El *Argos* (Nº 99) refiere la donación de Miralla y su carta de remisión. Hay una noticia de Miralla por J. M. Guérriz en la *Revista de Buenos Aires*, tomo X.



Escalera principal

cionalidad argentina, á pesar de la identidad del anhelo común, la antipatía era completa; y Rivadavia no podía ignorar ni olvidar el cruel retrato que de él hiciera Moreno alguna vez (1).

En todo caso, el decreto no se cumplió por resistencia del mismo interesado. Dos ó tres incidentes significativos inducen á creer que los innegables méritos de Chorroarín no se admitían sin reservas ni discusiones. Acaso contribuyera á ello el celo indiscreto de sus amigos. Otro decreto de Rivadavia había dispuesto que se formase en la Biblioteca una colección de autógrafos de próceres argentinos. Encabezaba la lista un escrito del doctor Chorroarín; y parece que el manuscrito fué desglosado poco después de la muerte de su autor, ocurrida el 11 de julio de 1823 (2). Más tarde, en un « comunicado » del *Argos*, se protestó enérgicamente contra el título de *Fundador de la Biblioteca* que, con evidente exageración, se atribuía al mismo personaje en el epitafio grabado en su sepulcro. Encuentro, por fin, en nuestro registro de donaciones del año 21, una valiosa colección de obras francesas y científicas, bajo el rótulo de *Obras regaladas por el doctor Chorroarín*, cuyo carácter marcadamente técnico desdice bastante de los hábitos intelectuales de su pretendido propietario. Todo se explica al terminar la lista: una nota agridulce, de otra mano, nos revela que provienen esos libros de la biblioteca de Bonpland, adquirida por subscripción pública, como en efecto consta por los periódicos de la época. Seamos indulgentes con las debilidades humanas: la letra de la lista de donación es tan parecida á la de Chorroarín, como la letra de la nota á la de Segurola... Al autor de la glosa faltóle agregar que, si el bibliotecario no fué el único donante, figura en la lista como principal subscriptor. La mala suerte perseguía al difunto en todos sus honores póstumos. Fundóse en 1827, por el doctor Vicente López, un pueblo de « Choroarín », en la Chacarita de los cole-

(1) ARENGAS Y ESCRITOS DE MARIANO MORENO, Prefacio.

(2) JUAN M. GUTIÉRREZ. Es posible que el escrito aludido sea el *Informe* que figura en el tomo IX de la colección Segurola.

giales : el pueblo es hoy un cementerio. *Habent sua fata...* Y, á fuerza de despojos y restricciones, el ilustrado rector y celoso bibliotecario quedaría reducido á su solo apellido, — como en el gastado epigrama contra Montalván, — si el eco de las pasiones contemporáneas prevaleciera sobre el juicio equitativo de la posteridad.

Desde principios de 1814, compartía con el anterior las funciones de bibliotecario el distinguido clérigo oriental, doctor don Dámaso Antonio Larrañaga. Nacido en Montevideo, en 1771, Larrañaga estudió teología en Buenos Aires y fué ordenado en Río de Janeiro. Asistió á la Reconquista, como capellán de un regimiento de milicias. Vuelto á Montevideo, durante el sitio de la plaza por Artigas, los realistas le expulsaron de la ciudad. Aprovechando su forzosa residencia en la campaña, profundizó sus conocimientos en historia natural y comenzó á redactar algunos apuntes de botánica, al paso que formaba un rico herbario. Por allí encontró un fémur de gliptodón y fragmentos de coraza, y comunicó su hallazgo á A. Saint-Hilaire, que viajaba entonces en estas regiones. Cuvier menciona el hecho y cita la carta de Larrañaga (1). También se ocupó de física, de agricultura, de astronomía, con esa variedad de aptitudes frecuente en los aficionados. — Montevideo le debe varias fundaciones benéficas que conservarán su nombre más seguramente que sus estudios científicos. De su permanencia en Buenos Aires, extrajo probablemente la idea de varios proyectos filantrópicos, que aplicó en su patria con celo laudable.

El establecimiento de la Biblioteca pública de Montevideo fué en

(1) CUVIER, *Ossements fossiles*, V, 191. Y no en el *Discours sur les révolutions du globe*, como dice J. M. Gutiérrez. Al principio, el gliptodón fué confundido con el megaterio. Por otra parte, ni era el primer fragmento del género hallado en el Plata, ni Larrañaga «determinó su estructura», como lo cree su biógrafo uruguayo. — Los hombres ilustres no son responsables de las simplezas de sus biógrafos. El mismo que he citado atribuye la ceguera de Larrañaga, además de otras causas fantásticas, á su observación del «pasaje de Venus por el sol». ; Consecuencia tanto más notable cuanto que, durante la larga vida del observador, ese fenómeno no se produjo !

gran parte obra suya, pudiendo decirse que aquella es hija de la nuestra. La *Oración inaugural*, que en el acto solemne de la apertura pronunció su primer director, en medio de las influencias é ilusiones inherentes á la época, revela nobles aspiraciones y elevados propósitos. — Era imposible que un espíritu asimilador como el de Larrañaga no importara también á Montevideo el famoso sistema educativo de Lancaster, que entonces florecía en Buenos Aires y Chile, como en el resto del mundo. Estableciéronse, pues, escuelas mutuas en el Río de la Plata, con el mismo fervor de imitación que, más tarde, las graduadas del sistema simultáneo. Es indudable que aquella organización económica de la enseñanza no valía la actual, que, con mantener viva la atención « simultánea » de la sección entera, la conserva confiada á la dirección del solo maestro. Pero, es otra ilusión de los modernos pedagogos, el creer demasiado en su estrecha pedagogía. Lo que se saca en la realidad de la experiencia, es la convicción de que un buen maestro tendría que ser un hombre de talento, — como en el *Emilio* de Rousseau; y, entonces, la cuestión se reduce á saber si existe nación alguna donde los hombres de talento se resignen á ser maestros. También al virtuoso presbítero debe Montevideo la fundación de su Casa de expósitos, en cuyo torno hizo naturalmente grabar el deplorable estribillo que se leía y se lee todavía en Buenos Aires, y cuyo sentimentalismo afectado ofende á la par el buen gusto, la inocencia infantil y la más dolorosa miseria humana. — Larrañaga fué diputado al Congreso constituyente y, más tarde, senador de la primera legislatura constitucional. Falleció en su quinta de Miguelete, el 16 de febrero de 1848, sereno en la muerte como en la vida y rodeado del aprecio general.

Por decreto de septiembre 7 de 1821, el gobierno del general Rodríguez suprimió los empleos de primero y segundo bibliotecario, colocando el establecimiento bajo la única dirección del doctor don Saturnino Segurola, y autorizándole para nombrar dos ayudantes « que sirvan bajo su responsabilidad y con la asignación de un peso

diario » (1). No es probable que la corta dirección del canónigo Segurologa lograra realizar plenamente las intenciones que consignaba el preámbulo del decreto redactado por Rivadavia; pero tampoco es dudoso que hubo de consagrarse al desarrollo del establecimiento con su notoria laboriosidad. Por otra parte, el rasgo característico de su simpática fisonomía no fué la superioridad intelectual, y mucho menos el dón prestigioso de la palabra ó del estilo: fué la bondad, la caridad en esa forma social y práctica que hemos llamado filantropía. Pertenecía á la generación de Moreno y Thompson, de quienes fué condiscípulo en el curso de filosofía dictado en 1795 por el doctor Medrano; y, desde que abandonó las aulas hasta su muerte, en abril de 1854, empleó su influencia social, su tiempo y su dinero en el mejoramiento y el alivio de sus semejantes (2). Fué el propagador infatigable de la vacuna en estas provincias, dedicándose personalmente á la inoculación, con un fervor, casi diría con un furor en el cielo, tan sólo igualado por el ardor apostólico de su contemporáneo el « físico » Martínez, en la administración de su ciclópeo remedio (3).

La suerte de la infancia desvalida fué otro de los objetos de su constante preocupación. Director de la Casa de expósitos durante muchos años, vióse obligado en 1838 á manifestar al gobierno del general Rosas su absoluta imposibilidad de seguir sosteniendo la institución, por haberse « agotado sus recursos propios y los ajenos ». El gobierno contestó, después de algunas fórmulas de pesar más ó menos sinceras, que se aceptaba la renuncia del director, ordenando « que cesase el establecimiento, y se repartan los niños existentes en-

(1) Pagados por el Cabildo, lo mismo que los sueldos de los bibliotecarios, que eran de 500 pesos anuales

(2) Alcanzó todavía á prestar servicios de beneficencia durante la corta administración provisoria del doctor don Vicente López.

(3) Sabido es que, en 1829, don Pedro Martínez « convulsionó » la población con su « Medicina curativa », que lo era el formidable purgante Leroy. Hasta fundó una *Revista* para defender su panacea que, por otra parte, fué juiciosamente combatida por el Tribunal de medicina.

tre las personas que tengan la caridad de recibirlos ». La nota concluía con una formal desaprobación de la conducta caritativa de Segurola, por haber « desembolsado cantidades de sus fondos particulares, cuando el decreto vigente lo prohíbe absolutamente ».

El director cesante, valiéndose de sus relaciones sociales, logró impedir que las víctimas inocentes sufrieran por segunda vez el abandono y la miseria; hallaron todas un asilo prestado y un hogar. No fueron menos meritorios los esfuerzos de Segurola en pro de la educación: fundó escuelas primarias y proveyó más ó menos directamente á su sostenimiento, vigilando su marcha con incansable solicitud, —se dice que alcanzó á tener así bajo su protección hasta seis mil educandos. Su misma aproximación á la Biblioteca que durante algunos meses había dirigido, dió motivo á otro acto generoso; y más que por su breve administración, merece nuestro recuerdo y agradecimiento por la variada y preciosa colección de manuscritos que nos ha legado.

En la actualidad, consta dicha colección de treinta y cuatro tomos encuadernados, que comprenden documentos históricos de toda índole y de muy desigual importancia. Algunos fueron publicados en la *Revista de Buenos Aires*, por el doctor Quesada (1); muchos aparecen citados en las historias contemporáneas, y singularmente en la *Enseñanza superior* del doctor Gutiérrez. En cuanto á los que fueron publicados por Angelis, y que constituyen buena parte de la materia comprendida en los cinco primeros tomos de sus *Documentos*, no parece que volvieron los originales á poder de su dueño, y es muy probable que quedaran entre la colección de obras y papeles que dicho señor vendió al gobierno del Brasil (2). No es dudoso que, por dicha causa y otras parecidas, han desaparecido muchos documentos pertenecientes al finado Segurola. Los restantes, de los cuales espero entregar á mi sucesor la colección tan

(1) Véase, á este respecto, la interesante correspondencia cambiada entre los señores Quesada y Mármol y publicada en el tomo XXIII de la REVISTA DE BUENOS AIRES.

(2) *Ibid.*

íntegra como la recibí, se distribuyen como siguen: 25 volúmenes bajo los róticos de *Papeles varios sobre materias morales, canónicas, eclesiásticas y seculares*; tres volúmenes intitulados: *Fruto de mis lecturas* y *Fruto de mis lecciones*; seis volúmenes de *Reales órdenes y cédulas*. — El último tomo del catálogo de la Biblioteca, consagrado á la sección de manuscritos, contendrá el índice completo y clasificado de dichos documentos, con el análisis de las piezas inéditas más importantes; así como de los pertenecientes á otras colecciones donadas también á la Biblioteca, entre las cuales merecen especial mención la del doctor Olaguer, que contiene la correspondencia del deán Funes, y la del señor don Eduardo Madero, tan importante para el estudio de los orígenes coloniales. En cuanto á la rica copia de comprobantes manuscritos, también legados á la Biblioteca por el ilustre historiador de Belgrano y San Martín, esperamos que pasarán muchos años antes que puedan ser comprendidos en algún apéndice del Catálogo general.

Por un decreto del ministro Rivadavia, de febrero 5 de 1822, sabemos que en esta fecha fué substituído el canónigo Segurola por don Manuel Moreno; y las mismas formas desatentas del acto gubernativo acentúan el rigor de la medida, cuya causa real no podemos sino conjeturar (1).

El sucesor era hermano de Mariano Moreno; pero sería injusto pretender que ello forme el rasgo principal de su biografía, como pudiera decirse de un Tomás Corneille ó un Federico Cuvier. Ya entonces, y mayormente después, Manuel Moreno fué algo más que el reflejo y el recuerdo de su hermano mayor, cuya vida escribió como proemio á las *Arenas*, ensanchando la biografía hasta darle las proporciones de un valioso ensayo político sobre el primer período de la revolución. Después de permanecer varios años en Inglaterra y

(1) Segurola pertenecía al grupo del Cabildo, que le había concedido extraordinariamente « en demostración de alto aprecio » por sus servicios y virtudes, asiento perpetuo con voz y voto en sus deliberaciones. Sabido es que el « Déspota de principios », como le llama el doctor Vicente López, combatió la corporación y concluyó por suprimirla.

los Estados Unidos, estudiando la historia, las instituciones políticas y hasta « la facultad médica », según se expresa el *Argos* del 11 de septiembre de 1821 (1), al anunciar su regreso á Buenos Aires, fué elegido diputado al Congreso constituyente de 1826 y, como acabamos de verlo, nombrado director de la Biblioteca. Llamado al ministerio de gobierno y relaciones exteriores durante la administración del coronel Dorrego, conservó el pacífico empleo de bibliotecario que se avenía con sus aficiones literarias, hasta el día de embarcarse para Inglaterra como ministro plenipotenciario de la República, en noviembre de 1828. Ha quedado de su misión diplomática una excelente Memoria sobre las islas Malvinas, en que demuestra sólidamente los títulos incontrovertibles de su país á dicha posesión. Tócole también examinar y juzgar las reclamaciones británicas relativas al curso ejercido durante la guerra con el Brasil. El libro que en español é inglés publicó sobre la materia, merece, según un crítico competente, «un lugar en toda biblioteca de derecho internacional». Pasó en la ciudad natal el resto de su vida, con su espíritu siempre ágil y juvenil, entregado á las letras amigas y formando lentamente una biblioteca particular que llegó á ser la mejor del país. Aquí murió el 28 de diciembre de 1857 (2).

III

Durante la dirección de Manuel Moreno, puede decirse que la Biblioteca completó su organización, la cual, sin más cambios nota-

(1) Se graduó en la Universidad de Baltimore. Los *Anales de Medicina de Buenos Aires* (1823) reprodujeron su tesis inaugural. No ejerció su profesión ni revalidó su título, pero dictó un curso de química en la Universidad — del cual sólo queda el apodo de « Don Óxide » que aplicaron al catedrático y creo que figura por primera vez en una sátira de Mora.

(2) Las *Efemérides americanas* fijan erróneamente el 18 del mismo mes, probablemente por haber seguido á Gutiérrez, sin verificación. El célebre rector de la Universidad y notable literato unia á su admirable perspicacia de conjunto, un gran descuido de los detalles. Es necesario comprobar todos sus datos.

bles que los debidos al natural desarrollo del establecimiento, se prolongó hasta el año de 1877, en que la iniciativa del doctor Quesada preparó la segunda transformación. — En marzo de 1822, el estado ruinoso del viejo edificio reclamaba tan serias reparaciones, que el gobierno cedió al establecimiento la parte contigua de la casa alta, « la primera de las del Estado, viniendo de la Ranchería á la Imprenta de Expósitos ». Refaccionadas las salas primitivas, allí quedó instalada y la hemos conocido todos, con su entrada por la calle de Moreno — la mejor bautizada de la ciudad — donde se deletrean aún vestigios de la inscripción, y con su comunicación á la sala de representantes. No era su aspecto imponente ni alegre, y la escalera secular que, según el *Argos* de 1822, la « distinguía » entre las casas vecinas, no parecía que llamara irresistiblemente á la concurrencia. Pero, si más indigente y desierta que la de hoy, era igualmente hospitalaria. Sus estantes abiertos y su mesa maciza han sido buenos compañeros del estudio; y no recuerda sin agradecimiento el que subscribe estas líneas que, allá por 1866, la vieja sala de lectura prestó su silencio y su retiro tranquilo al pobre niño extranjero que aprendía los rudimentos de la lengua en que había de describirla treinta y cinco años después.

Tampoco varió mucho el personal del establecimiento durante medio siglo: lo componían un director, dos ayudantes y un portero; en la dirección del señor Mármol se aumentó con un escribiente auxiliar. Los sueldos mismos se mantuvieron iguales ó poco menos: 800 pesos fuertes anuales para el primero y un peso diario para cada ayudante, con una asignación de 600 pesos para libros y gastos internos, fuera de los subsidios eventuales. Salvo en los días de fiesta, la Biblioteca permanecía abierta al público durante cinco horas, desde las nueve de la mañana hasta las dos la tarde. En septiembre de 1821, el ministro Rivadavia había ordenado que « además de las horas de costumbre, quedara abierta la Biblioteca desde las seis de la tarde hasta las nueve ». Pero esta disposición no fué cumplida ó cayó en desuso, puesto que el horario de los años siguientes fué sólo

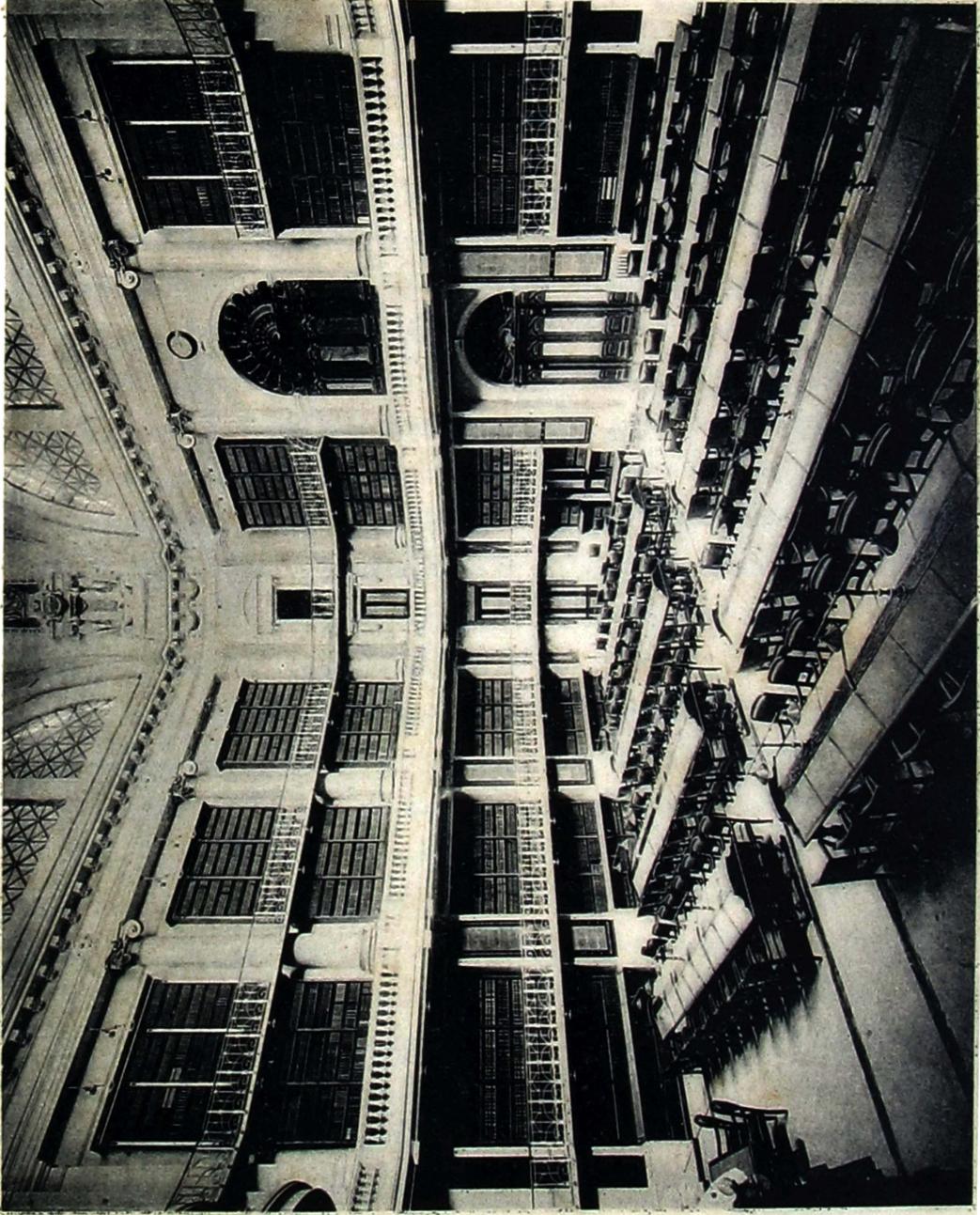
el diurno que he mencionado. —Se ensayó ha pocos años una innovación parecida, sin que el público respondiera suficientemente al llamamiento de la administración ; suspendióse el servicio nocturno, cuyos escasos beneficios no compensaban los serios inconvenientes del alumbrado artificial. No es dudoso que, en este local mejor y con la luz eléctrica, convendrá renovar la tentativa.

Según un estado publicado en el *Registro estadístico* de 1823, la Biblioteca pública no poseía á la sazón menos de 17.229 volúmenes impresos, fuera de 1500 duplicados y destinados á la venta. El resultado es considerable, si se tiene en cuenta que fué obtenido en su mayor parte por el esfuerzo particular y durante la década más agitada de la historia argentina. Según el registro del establecimiento, la concurrencia de lectores, durante ese año de 1823, fué de 3284 personas, de las cuales 2174 eran de Buenos Aires, 677 de las provincias y 426 del exterior. « En este número, dice el director Moreno, no están incluídos los que entran en la casa con el mero objeto de verla ú otros motivos, sino los que piden libros para leer ». — Cincuenta años después, el inventario comprobaba la existencia total de 20.104 volúmenes en la Biblioteca, y el estado anual de la asistencia para 1872 no alcanzaba á 3000 lectores — siendo así que este resultado importaba un progreso apreciable respecto de los años inmediatos anteriores.

Conozco las reservas y restricciones á que debe someterse toda conclusión general procedente de un experimento particular. Creo, sin embargo, que es imposible en este caso desconocer el significado de la comparación. Durante medio siglo, no había logrado el establecimiento realizar un acrecentamiento material equivalente al de un solo quinquenio de su primera época ; y en 1872, con una población probablemente cuádruple, Buenos Aires no suministraba un público de lectores igual en número al de 1823. — Podría decirse, con razón aparente, que, por una parte, la mala administración y el cuasi abandono de algunas décadas habían detenido ó disipado el crecimiento ; y que, por otra parte, la difusión del bien-

estar y la formación de bibliotecas particulares tuvieron por efecto una disminución notable en la asistencia á la pública. No creo, desde luego, en subtracciones muy considerables de obras puestas al servicio público : sin haber efectuado una comprobación rigurosa y completa, sólo posible después de terminado el catálogo, he podido notar con numerosas confrontaciones necesitadas por la confección de los primeros tomos, que la gran mayoría de los libros entrados subsisten todavía. Por otra parte, el registro de asientos da fe del escasísimo movimiento bibliográfico, así en adquisiciones como en donaciones, durante esos años luctuosos (1). En cuanto al segundo argumento, se desvanece con sólo observar el rápido incremento de la asistencia en los últimos años, el cual revela, aquí como en otras partes, que el desarrollo de las librerías privadas no es contrario sino paralelo al de las bibliotecas públicas. Para que después de quince años de régimen reparador y progresivo, se encontrase á este respecto la República en el mismo punto del camino que en 1822, en el propio mojón miliar plantado por Rivadavia, ha sido menester que fuera enorme el retroceso antecedente. Toda la historia contemporánea suministra pruebas de esa decadencia, y fuera casi una ingenuidad demostrarla por centésima vez. La educación pública, la prensa, toda la cultura social, y hasta la cátedra sagrada, dan muestras harto elocuentes de la dolorosa y creciente « descivilización ». Llegó Buenos Aires á encontrarse más distante de la estructura social correspondiente al gobierno de Rodríguez, que en los años del virrey Vértiz ; y para citar un solo ejemplo, era entonces menos posible y viable una publicación periódica como la *Abeja argentina* — nacida y criada, puede decirse, en nuestra Biblioteca — que en las últimas décadas del régimen colonial. La civilización argentina estaba fuera de Buenos Aires : en Montevideo, en Bolivia, en Chile, expiando duramente sus errores é ilusiones. Pero el castigo no era sino una lección, y ¡ ojalá quisiéramos apren-

(1) No alcanzan á cien las obras donadas en la década de 1840-1850.



Sala de lectura

derla ! Como esas reliquias del héroe, que sus soldados transportaron desde Jujuy, por Humahuaca, Abra Pampa y toda la Quebrada sembrada de victorias, hasta Suipacha, Cotagaita y Potosí : los desterrados llevaban consigo el arca santa de la tradición unitaria, y con ella habían de volver. Volvieron, sin duda ; y la abrieron, por fin, esa arca legendaria — pero al encontrarla vacía, metieron dentro una constitución federal !

No retrocedo ante la digresión, siempre que encierre alguna enseñanza. — La sensación que hoy se impone al que medita sobre la florescencia civilizadora de ese quinquenio de Rivadavia, no es tanto la previsión de lo que había de venir, cuanto la conjetura de lo que hubiera sido su lento y normal desarrollo, á no desaparecer arrasada por la bárbara tempestad. Había, en verdad, este pueblo jóven recibido desde el origen los gajes y promesas de la grandeza ; pero también, al parecer, la dádiva funesta que los podía esterilizar. Lo que han llegado á ser pueblos vecinos, que antepusieron durante cincuenta años la realidad del orden nacional á la ilusión de un ideal democrático, da la medida de lo que fuera hoy el argentino, más favorecido en punto á factores sociológicos, si hubiera imitado aquella sana evolución. Así lo afirmaba yo hace diez años en un *Ensayo histórico* que fué acogido con indulgencia, y esta convicción ha sido en mí robustecida por la experiencia complementaria de estos últimos tiempos.

Después de la Independencia, la inminente anarquía no podía ser evitada sino por una inmediata y enérgica concentración gubernativa : eso quería Moreno, y eso mismo intentó Rivadavia, sin tener el brazo de hierro y la voluntad « atroz » que su cumplimiento demandaba (1). Imperio ó consulado militar, la dictadura se imponía ; porque la anarquía no puede ser sino una crisis, y ningún organismo viable conspira largo tiempo por su propia disolución. La guerra exterior es el factor primitivo de la sociabilidad, y el

(1) HORAT., Od. II, I. « *atrocem animum Catonis* ».

despotismo gubernativo su corolario : la anarquía intermedia tan sólo sirve para torcer la ley en cuanto á la persona, y substituir al más digno el más vulgar. Si la dictadura era entonces inevitable, no así la personalidad del dictador : pudo tenerse á un San Martín, en lugar de Rosas — y esto fuera la salvación. — Hoy es el padre de mañana, y los eslabones históricos sucesivos tienen la misma forma y se fabrican con el mismo martillo. Quijera la suerte de este país que, merced á la civilización creciente y ya indestructible, y á pesar de su constitución artificial, se acentúe sin violencia su lenta evolución centralista, hasta llegar á la unidad salvadora que representa el ordên en el trabajo y en la paz — es decir, la sólida prosperidad moral y material. Así transmitiremos á nuestros sucesores algo más que una herencia de errores, y no tendrán que repetir el melancólico proverbio hebreo : « nuestros padres comieron el agraz y nosotros sufrimos la dentera » (1).

IV

Prosigo mi humilde tarea bibliográfica. Lo indicado más arriba, respecto del escaso movimiento de la Biblioteca pública durante la época de Rosas, habrá necesariamente de simplificar mi análisis, en lo que á dichos años se refiere. Por otra parte, la estabilidad del despotismo y la poca importancia que entonces se daba al establecimiento, se manifestaba también en la tranquila posesión del empleo adquirido : desde 1833 hasta 1852, no hubo sino dos directores, y el segundo fué nombrado por fallecimiento del primero. Hemos visto ya que Manuel Moreno abandonó la Biblioteca por haber aceptado el cargo de ministro argentino en Londres ; en noviembre 25 de 1828, fué designado para sucederle el presbítero don Ignacio

(1) EZECH., XVIII, 2.

Grela, quien, con una interrupción de algunos meses, en 1829 (1), — en que le reemplazó el doctor don Valentín Alsina — desempeñó la dirección del establecimiento hasta 1833. El dominico Grela es una figura de segundo término en la historia argentina : casi tan inquieto y mezclado á la política diaria y callejera como el célebre padre Castañeda, carecía de su espontaneidad mordaz y de sus incorregibles bríos de panfletista. Corifeo de asonadas y orador de cabildos abiertos, el « fraile Granizo », como le apellidaban (2), salía á la calle en los días de tumulto para encabezar una petición popular ó, al lado del gigantesco Medrano, fulminar en cualquiera esquina un anatema de barricada contra Sarratea en favor de Balcarce, ó contra Las Heras por su « cobarde » acatamiento de la elección presidencial. Fuera de esas apariciones de fuego fatuo, el padre Grela se esfuma en el crepúsculo de la historia. Separado de la Biblioteca durante el gobierno provisorio de Brown, reapareció con el primero de Viamonte y aprobó enérgicamente en la legislatura el acto inicial de humillación hacia el « Restaurador de las leyes ». Quedó así reinstalado definitivamente en este puesto, dando ese desenlace inesperado á tanta efervescencia jacobina y á tanto discurso anárquico. Lo que hubo de ser este pobre establecimiento bajo la dirección del presbítero Grela, se deduce del decreto producido al día siguiente de aceptarse su renuncia : en él se mencionaba el « estado de decadencia de la Biblioteca pública, por efecto, de las desgracias pasadas... » ¿ Qué se diría de las venideras ?

El doctor don Valentín Alsina no hizo más que pasar por la di-

(1) Según un documento de este archivo, la suspensión se produjo á consecuencia de la desaparición de ciertos documentos y obras de la Biblioteca. Parece que el padre Grela se justificó, — salvo que el hecho de ser federal neto explique la suspensión y la reposición.

(2) ¿ Sería una alusión á su carácter turbulento, ó al periódico satírico de este nombre, gran pegador de apodos, y que creía muy picante designar á Manuel Moreno con el ya mencionado, — no por su temperamento « corrosivo », como dice el historiador López, sino porque había dictado en el Colegio el primer curso de química? — En cuanto á lo de « Granizo », es más probable que fuera sencillamente la traducción del apellido pronunciado en francés (*grêle*).

rección de este establecimiento, durante el eclipse del funcionario que acabamos de mencionar; y no quisiera imitar á los tratadistas de ajedrez que ensalzan el genio estratégico de Napoleón por sus mediocres proezas ante el tablero. Dejó, con todo, un recuerdo excelente de su breve administración; y cuando abandonó la Biblioteca por otros destinos más adecuados á su actividad política, el gobierno se complació en reconocer públicamente « la contracción y los conocimientos que había demostrado » en el desempeño de su cargo. Por lo demás, su vida entera; privada y pública, pide la plena luz resplandeciente, no teniendo una sombra que ocultar, un ángulo dudoso que solicite la indulgencia ó necesite el retoque. Jurisconsulto, publicista, hombre de gobierno y de parlamento, fué actor principal en todas las evoluciones prósperas ó nefastas de la gran provincia argentina, y obrero de la primera hora en la reconstrucción nacional, recorriendo sucesivamente el infierno y el purgatorio de las agitaciones políticas sin despertar odios ni resistencias, á no ser aquellos que es honroso inspirar. Ante ese temple de alma casi irreprochable, toda apreciación de su talento claro y flexible, de su real valía intelectual, cobraría aspecto mezquino. Fué su « característica » aquella nobleza de ánimo, hecha de rectitud y mansedumbre, que le permitió atravesar cincuenta años de encarnizadas luchas, de defecciones y traiciones, sin que sintiera desfallecer su creencia en el bien. Es poco comprobar que la experiencia no había dejado en su alma el habitual sedimento de amargura : puede decirse que no alcanzó á marchitar sus candorosas ilusiones. En lugar de reseñar aquí, una vez más, sus actos de legislador ó gobernante, que se encuentran consignados en documentos públicos y pertenecen á la historia, daré á mi respetuoso homenaje un giro más personal, mencionando la ocasión única en que me fué dado contemplar, creo que en el último año de su vida, ese raro dechado de la alta burguesía porteña.

Una tarde de verano, en un banco de la plazuela de Morón, vino á sentarse al lado mío : correcto hasta la pulcritud en su traje, en su

porte. en el menor detalle de su persona : con su fino perfil patricio de medalla, laureado de canas. La cortesía exquisita, que suele ser en otros estudiada coquetería de la gloria y de la vejez, era en él una emanación natural de su benevolencia. Sin preguntar quién era su vecino, — el cual, por otra parte, no era nadie, — acostumbrado al respeto universal, dejó al instante correr delante de mí el río inagotable de sus recuerdos, aceptando sin resistencia la dirección que mi curiosidad deseaba imprimirle, contestando copiosamente á mis preguntas, con cierta gracia risueña y afable que no era, por cierto, docilidad senil. Su memoria lejana estaba intacta; más aún: con la edad, como á menudo sucede, su visión de lo pasado constituía una verdadera presbicia mental, creciendo en agudeza con aplicarse á puntos más remotos. El paso del « señor Rivadavia », la cruzada unitaria, la muerte de Varela, las cortas esperanzas y las largas decepciones; un día inolvidable — Caseros — que no fué más que un día, un rayo de bonanza entre dos tempestades, — si bien traía la segunda las intermitencias presagiosas del término feliz; todo pasaba á mi presencia, en animado panorama, con el color y el relieve de la realidad. Caían las palabras abundantes como « los copos de la nieve invernal », según la expresión homérica (1). Y aquellos labios de anciano vertían para mí otra enseñanza, más alta que la de los hechos referidos : el ejemplo de una existencia que llegaba á su ocaso sin conocer el desencanto ó el rencor, y, semejante á la antigua fuente Aretusa, que se mezclaba al Adriático sin amargar sus ondas, quedaba fiel en la vejez extrema á los puros ensueños de su juventud. — Por vez primera, supe aquel día lo que realmente constituía la distinción moral de esa generación vencida : esa flor de urbanidad unitaria que la bota de Rosas pisoteara con despecho y furor. Se había puesto el sol cuando nos separamos ; y, mientras Valentín Alsina se alejaba lentamente, en la doble serenidad de la tarde apacible y de la venerada vejez, debió cantar en mi memoria el verso

(1) ILIAD. III, ἀπόδραστον ἐσκόπον χερμαρίησιν.

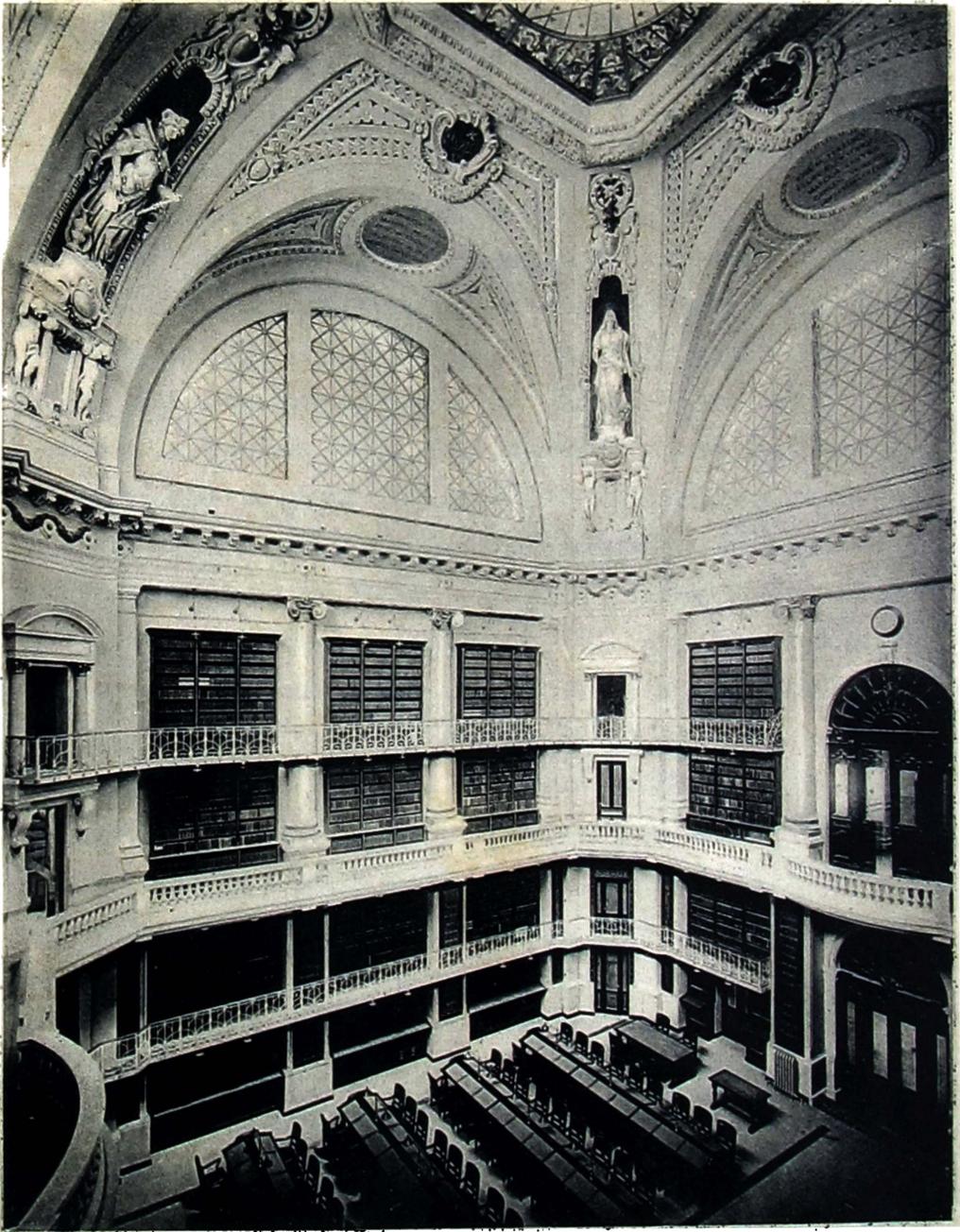
de La Fontaine sobre el justo que declina lleno de días y exento de pesar :

Rien ne trouble sa fin : c'est le soir d'un beau jour...

El presbítero doctor don José María Terrero fué nombrado director de la Biblioteca el 14 de noviembre de 1833, en reemplazo del renunciante don Ignacio Grela. Nacido en Buenos Aires en 1787, fué alumno y profesor en el colegio San Carlos. Es conocida la decadencia de dicho colegio durante las invasiones inglesas y los años inquietos de la Revolución ; los estudios públicos casi no existían « porque la juventud era atraída por el brillo de las armas ». Al fin, el edificio fué destinado para cuartel — y allí mismo tuvo lugar la famosa sublevación de los « Patricios ». Un decreto del 15 de junio de 1818, dictado por el director Pueyrredón, lo restableció con el nombre de « Colegio de la Unión del Sud ». Fué su primer vicerector el doctor Terrero, en quien concurrían, según expresiones de dicho decreto, « todas las circunstancias de probidad, discreción y experiencia que son tan necesarias para este empleo ». Transcurriendo los años, fué sucesivamente cura de una de las parroquias de Buenos Aires, vicario capitular de este obispado y canónigo de la Catedral. Nadie extrañará que ocupase un asiento de representante durante el gobierno de Rosas, siendo conocidas las afinidades de su familia con la del Restaurador ; pero era justo mostrar que tuvo otros títulos al aprecio de sus compatriotas.

Durante la dirección del canónigo Terrero, informó acerca del estado de la Biblioteca una comisión compuesta de los señores Valentín Alsina, León Banegas y Octavio Mossotti (1). Comprobaba dicho informe el estado decadente de la institución, desde la dirección de don Manuel Moreno : se calculaba en más de dos mil el

(1) El señor Mossotti, sabio italiano de real valía, pasó una parte de su vida en el Plata, prestando grandes servicios como fundador del Observatorio astronómico, profesor de física experimental en la Universidad y miembro del Departamento topográfico de la Provincia. Falleció en Pavia en 1863. El doctor Gutiérrez le ha dedicado una excelente noticia en su obra citada.



Sala de lectura y cieloraso

número de volúmenes desaparecidos desde 1823 « atento el escaso número de los que en este intervalo han entrado »; por otra parte, la ausencia de índices imposibilitaba todo cómputo exacto, al par que reducía notablemente los servicios que tal « hacinamiento confuso de obras » podría prestar. Aconsejaba la comisión, entre otras medidas plausibles, la formación de un « gran catálogo general bibliográfico » sobre la base de una « exacta clasificación de los conocimientos humanos », cuyo cuadro acompañaba; y opinaba que, hasta concluir esta operación, se clausurase el establecimiento. El gobierno lo aprobó todo; felizmente, no se cumplió la última disposición, que habría mantenido cerrada la casa hasta nuestro tiempo. No ha podido encontrarse el plan de clasificación que la comisión remitió al oficial mayor Garrigós; sería probablemente el de Brunet, cuyo *Manual* figura entre las obras compradas al sabio Bonpland.— Dióse principio al « gran catálogo » de Penélope, según consta de una nota del gobierno en que se concede al director « los brazos » que solicita para mover los libros; pero no ha quedado vestigio de ese trabajo. No es probable que fuera mucho más allá de la intención. De esa administración no quedan sino una decena de notas de mera tramitación y, en nuestro Libro de asientos, la constancia de otras tantas obras donadas por el gobierno. Entre éstas merece especial mención el magnífico *Officium parvum Gothicum*, enriquecido con primorosas miniaturas del siglo XV, y que fué regalado al general Rosas por Mr. Woodbine Parish, el conocido encargado de negocios de S. M. B. en Buenos Aires y autor de una buena descripción de este país.

El 9 de enero de 1837, el honorable canónigo Terrero tuvo que resignar todas sus canongías. Tenía apenas cincuenta años y murió rodeado de la estimación general. El gobierno, la sala de Representantes y el obispado honraron su memoria; y la *Gaceta* celebró las virtudes y prendas de carácter del extinto, prematuramente « arrebatado al santuario, á la Patria y á la Federación » (1).

(1) GACETA MERCANTIL, 12 de enero de 1837.

El funcionario que sucedió á tan pacífico varón, por decreto de enero 18 de dicho año, se llamaba el doctor don Felipe Elortondo y Palacios, y parecía elegido para hacer resaltar la actividad febril de su predecesor. Al tomar asiento en la Biblioteca, le regaló, como dádiva de feliz advenimiento, un diccionario de la lengua : significando así, tal vez, su profunda admiración por el único libro que el general Rosas había leído y su deseo de que tal hazaña tuviera imitadores. Consignó esta donación como director del establecimiento y « cura de la Catedral al Sud ». Después de esta enérgica afirmación de su existencia, creo que no volvió á verse su nombre en documento público alguno, á pesar de permanecer en su puesto quince años cumplidos, exactamente el « gran espacio de la vida humana » del historiador latino (1). El *Registro Oficial*, de 1837 á principios de 1852, no contiene una sola disposición relativa á la Biblioteca; nuestro archivo no posee una sola nota de dicho director : su nombre no figura en las *Efemérides americanas*, ni en las de Zinny, ni en diccionario biográfico alguno, ni ha merecido mención especial — que yo recuerde — en ningún diario de la época. Tengo para mí que este bibliotecario de los Siete Durmientes fué un gran sabio. Comprendió que en esos años precarios el problema supremo era vivir — *to live, to sleep* — y lo resolvió con superioridad. Su existencia es una obra maestra de ocultación, que deja muy atrás á la de su predecesor.

Se despertó sobresaltado al ruido de su destitución. ¿Qué sucedía? — Poca cosa, en verdad. Caseros : es decir, la confederación en lugar de la federación : Urquiza después de Rosas, y un Libertador tras el Restaurador. Pero, en esa breve intermisión entre dos dictaduras, el gobierno de don Vicente López había golpeado á las puertas de la Biblioteca para instalar en ella á un hombre de

(1) TACIT. *Vita Agricola*. III. Merece citarse la frase entera por su curiosa adaptación á la dictadura del Domiciano argentino : *Quid? si per quindecim annos, grande mortalis aevi spatium, multi fortuitis casibus, promptissimus quisque saevitia Principis intercederunt?*

letras, ó mejor dicho, á un amigo sincero de los libros y de la educación. La « laicización » de la Biblioteca era un signo de los tiempos nuevos, pues, hasta entonces, podría decirse que su dirección había sido exclusivamente clerical (1).

He aludido al hablar del doctor don Valentín Alsina, á ese lapso intermedio de respiro y expansión que siguió inmediatamente á Caseros; fué algo así como la luna de miel de la libertad (2). Las fundaciones y reformas se sucedieron en pocos meses con una buena voluntad general y una preocupación del bien común que causan admiración. El corto gobierno del doctor don Vicente López fué en verdad una erupción de adelantos teóricos. Ningún síntoma fué más significativo que la creación del ministerio de instrucción pública y el nombramiento de su primer titular. Nadie pensó entonces que la suprema magistratura del padre impusiera al hijo un estado de inhabilidad y ostracismo administrativo: una larga carrera de gloria y probidad fué tenida por caución suficiente de los rectos propósitos, y el vínculo de la carne entre el gobernador y su ministro, considerado como una nueva garantía moral (3). En tanto que Vélez Sarsfield fundaba el *Nacional*, y el diputado Mitre aseguraba en la Legislatura la existencia de la prensa libre, sin más restricciones que las necesarias á la defensa de la sociedad, el gobierno reconstituía las instituciones civiles que son su mejor salvaguardia: justicia, legislatura, policía, estadística, asistencia pública, educación superior y popular. Resucitaba la Sociedad de Beneficencia, volviendo á confiarse, como en tiempos de Rivadavia, ya

(1) El doctor Elortondo no conservó su curato durante su dirección de la Biblioteca; fué nombrado canónigo diácono de la Catedral. En el decreto de reorganización del Senado del clero — posterior á su separación — se dispone que « continuará en el ejercicio de esta canongía ». Era su vocación.

(2) TACIT. *Hist. IV. Optimus est post malum Principem dies primus.*

(3) Entre el Gobernador y el Libertador hubo un *échange de bons procédés*. El gobierno nombró al doctor don Diógenes Urquiza enviado extraordinario, y el general Urquiza fué quien indicó al doctor don Vicente Fidel López para ministro de instrucción pública.

que no la curación, el alivio de las llagas incurables á la mano suave de la mujer. Un soplo de ciencia nueva refrescaba la Universidad. Se fundaba la primera escuela normal, confiando su dirección al mismo funcionario que se había instalado en la Biblioteca, y su administración técnica á un extranjero ilustrado y modesto, don Germán Frers, quien, al igual que su colega Sastre, nunca separó el progreso agrícola de este país, de su desarrollo educativo. — Así se agitaba en todos sentidos la colmena social después de su prolongado letargo. Sin duda no fué todavía sino una tregua esa era de paz y trabajo que se creyó definitiva. Pero había bastado su breve paso para revelar la sanidad fundamental del organismo argentino. Durante ese claró de una hora entre dos cerrazones, se había visto el sol y tomado la altura. Á despecho de los siniestros presagios, la barbarie estaba vencida, y cualquier ensayo de nueva « restauración » sería impotente y fugaz.

El señor don Marcos Sastre no permaneció en sus funciones de bibliotecario el tiempo bastante para reorganizar el establecimiento. Entrado el 2 de marzo de 1852 por un acto de rigor administrativo, fué destituido el 10 de abril del año siguiente por otro del gobernador Pinto, igualmente severo y, hay que decirlo, mucho más justificado. ¡ Fatales represalias de la política ! Le volvía á llevar la misma ola que le trajo. Estando Buenos Aires cercado por las fuerzas de Urquiza, el señor Sastre creyó que podía, en esas horas angustiosas, recordar su amistad con el caudillo, olvidando sus deberes con « el gobierno de la ciudad », como decían los de afuera, y fué á San José de Flores. Sin aprobar los términos ni la forma de la represión (1), es imposible desconocer su fundamento. Es gran ejemplo de la perturbación moral producida por las revoluciones, el ver incurrir al hombre más honrado en un paso dudoso, que algunos aplauden, mientras otros lo califican con la última severidad. — Pero el error de un día no impide reconocer los servicios que

(1) El señor Sastre entregó la Biblioteca desde la cárcel.

durante su vida toda prestó don Marcos Sastre á la causa de la civilización. Aunque nacido en Montevideo, perteneció á la República Argentina por sus estudios, su hogar, los vínculos é intereses mayores de su existencia. No fué seguramente un hombre de pensamiento ni de imaginación: fué un educador primario. Además del resultado material no despreciable, sus libritos elementales le valieron una popularidad infantil que ningún otro pedadogo ha disfrutado. Sus silabarios han sido, por decirlo así, la papilla intelectual de diez generaciones escolares. Algún descontentadizo podría pensar que, después de la *Anagnosia*, en que nos enseñaba á leer, no era indispensable que el señor Sastre publicara el *Tempe argentino*, para enseñarnos á escribir. Pero el público le dió la razón: el éxito del libro ha sido increíble. Nadie resistió á esa ciencia de nodriza « normal ». Un crítico autorizado comparó al señor Sastre con Bernardin de Saint-Pierre; y á fe que, por la intensidad del pensamiento y la profundidad de la observación, el *Tempe* — ¡ qué admirable título para pintar las islas anegadizas del Paraná! — soporta la comparación con los *Estudios de la naturaleza* (1). En el estilo, encuentro menos analogía. — Con eso y todo, el *Tempe Argentino* tuvo más ediciones que el *Facundo*, — argumento supremo para un autor que había sido librero. — y en el candor de su alma « sencilla como su canoa », el émulo feliz de Santa Olalla pudo creerse colega de Sarmiento.

V

Con la dirección del señor Tejedor, que duró desde el 14 de abril de 1853 hasta el 23 de octubre de 1858, puede decirse que termina

(1) Por ejemplo, el análisis del « sistema gubernativo del camuati, análogo á la democracia, y por consiguiente muy aventajado al gobierno de las abejas » es tan completo en su género como la página de Bernardin (ÉTUDE XI) que muestra la bondad y previsión de la Providencia al crear « *les melóns, qui sont divisés par côtes et semblent destinés à être mangés en famille*; y que concluye así: « *Les cocotiers au pied desquels il y a des maisons deviennent beaucoup plus beaux, comme si ces arbres utiles se réjouissaient du voisinage des hommes!* »

el período crepuscular y casi legendario de la Biblioteca. Ya tomamos pie en la realidad administrativa, con documentos é informes anuales especialmente dedicados á la marcha del establecimiento. La organización es muy defectuosa aún; pero bastará la ley del desarrollo natural para que se perfeccione y complete paulatinamente. —El primer informe del doctor Tejedor, publicado en el *Registro estadístico* de 1854, contenía una reseña comparativa de la Biblioteca, cuyo sentido general es el que ya tenemos señalado: decadencia completa de la institución durante la década transcurrida, así en lo relativo á la asistencia cuanto al fondo biográfico. Según el último recuento practicado, el total de volúmenes entonces existentes era de 15.397 (1), vale decir muy inferior al del año de 1822. La concurrencia anual era de 1605 lectores. La ilustrada actividad del nuevo director no tardó en dejarse sentir para bien del establecimiento. Además de la catalogación incipiente y de otras medidas de arreglo interno no menos indispensables, puso empeño en completar y regularizar la importante sección de publicaciones periódicas, cuya indigencia era tan lamentable que casi equivalía á su total ausencia. Procuró salvar de la ruina completa, por el aseo y la encuadernación, buena parte del fondo antiguo destruído por la polilla y el abandono; desgraciadamente, en este particular, el mal producido es poco menos que incurable, y muchas obras valiosas han quedado fuera de uso. Por vía de compra — á pesar de lo exiguo de los recursos — y por la donación, consiguió enriquecer algún tanto las varias secciones de la casa. Y si el doctor Tejedor había podido decir con verdad en su primer informe: « Nadie regala hoy á la Biblioteca ni ella compra obra alguna por falta de fondos; » se modificaron felizmente condiciones tan deplorables, y en los cinco años de su administración pudo adquirir cerca de mil volúmenes nuevos (961), fuera de las publicaciones oficiales y periódicas.

No es dudoso que acreció también la concurrencia de lectores. Si

(1) Esta cifra está algo por bajo de la realidad.

hubiéramos de dar entero crédito á los cuadros estadísticos correspondientes, ese aumento podría tenerse por milagroso — el milagro de la multiplicación — y contrario á todas las leyes del desarrollo gradual. Según dichos estados, la asistencia, que no alcanzaba á 2000 lectores anuales en 1854, saltó — *Natura non facit saltum* — á más de 8000 en 1856, manteniéndose en esta cifra hasta la salida del director Tejedor. No ha de ser verdad tanta belleza. Puede creerse que el jefe haya sido sorprendido por el exceso de celo de un subalterno. Lo curioso es que se reproduzca este doble fenómeno de flujo y reflujo en la siguiente administración : principio modesto — 1330 lectores — y, bruscamente, una inflación enorme y como febril : todo el mundo en la Biblioteca ! La cifra de 1500 lectores ha de corresponder al promedio exacto que, con el desarrollo admisible, llegará á fluctuar alrededor de 2000, hasta la administración del doctor Quesada (1).

El doctor Tejedor tuvo que abandonar la dirección de la Biblioteca por haber aceptado el cargo de Asesor de gobierno. Era ya diputado á la Legislatura y profesor de derecho criminal en la Universidad. El jurisconsulto y publicista mostróse desde el origen muy superior al político; y es permitido pensar que no fuera extraño á la solidez de su preparación jurídica, así en el libro como en la cátedra y la tribuna, el período de recogimiento relativo que disfrutó en la Biblioteca. Pero llamábanle destinos más altos y también expuestos á responsabilidades mayores. — En estas repúblicas, es imposible que cualquiera superioridad intelectual no remate en la política, como en la encrucijada central á que conducen todas las avenidas. No vivirían aquí impunemente Pasteur ó Darwin, sin háberse las con algún ministerio ó presidencia de cámara, como el

(1) El informe correspondiente á 1870 comienza así : « Nada podrá ser más agradable á V. E., en el informe anual de la Biblioteca, que el encontrar los datos que marquen el aumento de la concurrencia ». Debemos suponer que, para el doctor Malaver, aún más que los *datos* hubiera sido agradable la *realidad* del aumento. El señor Quesada rechaza con justicia todas esas cifras fantásticas, que tienden á extraviar la opinión con pretexto de no sé qué falso patriotismo.

poeta Mármol, que era estadista como un zorzal. Nuestra máquina política es tan perfecta, que contiene en sí misma su principio y su fin: toda la fuerza del generador se emplea en mover los complicados mecanismos de quince constituciones que dan vueltas en el vacío — salvo encuentro ó interrupción, — y la función primordial de tantas ruedas y correas consiste en absorber el trabajo útil del generador. Es el triunfo de la mecánica irracional.

Abandonó, pues, el doctor Tejedor sus trabajos de jurisconsulto por las agitaciones de la política, á cuya arena le llamaban quizá sus antecedentes de juventud, pero no seguramente sus aptitudes. Más que un sabio ó un pensador, el verdadero político es por definición un « oportunista »: epíteto complejo y vago que parece encerrar todos los elementos opuestos á la rigidez de principios y firmeza de convicciones, á la creencia en las teorías absolutas, al respeto de la conciencia propia y ajena. Un hombre que piensa, cree y obra al día, comido por servido: he ahí al político. En suma, tales condiciones morales no son distintas de las que hacen al hombre de negocios, como que aquél no es otra cosa que un especulador en hombres, y para quien la ley de la oferta y la demanda rige también esta mercancía. — Está visible que en lo moral, el doctor Tejedor no iba á ser un político al uso, y que estaba destinado á fracasar el día en que no le fijaran rumbo preciso los acontecimientos. Creo que se le ha aplicado — con pretensiones á la originalidad — un mote que ya no era nuevo á principios del siglo, cuando lo llevaba el ministro Barbé-Marbois: *un roseau peint en fer*. Si es exacto lo que de él se ha dicho y se induce de su actitud en los sucesos, la definición no es feliz, y no parece que la flexibilidad de la caña sea el rasgo prominente de su carácter.

Junto á las condiciones morales á que he aludido, la cualidad intelectual que resalta en el estadista — y á ello se refiere sobre todo la palabra acuñada por Gambetta — es el sentido de la actualidad: es decir, la visión de lo que, en cierta hora dada, tiene que resolverse para dirigir los acontecimientos ó aparentar dirigirlos cuando nos

arrastran, conservando el prestigio autoritario hasta en la sumisión. Como el ciclón aéreo, el torbellino político tiene su lado «manejable», para emplear el término preciso, que un piloto de raza acierta casi siempre á tomar: ello es cuestión de instinto aún más que de experiencia. — Tocóle al doctor Tejedor intervenir en varias evoluciones solemnes de la historia argentina, tan análogas en su fondo, que encierran aún más enseñanza con sus paralelismos que con sus contrastes. Después de firmar el convenio de San José de Flores, no parece que hubiera extraído experiencia alguna de Cepeda, ni más tarde de Pavón, ni aun de la revolución del año 74. Habíase producido tres veces y en condiciones casi idénticas el ciclón político; tres veces lo habían atravesado vencedores y vencidos; y los que tienen ojos para no ver y memoria para no recordar, no alcanzaron á descubrir que su lado manejable y salvador había sido siempre el de la nacionalidad. Las batallas son meros accidentes; y Cepeda y Pavón se hubieran repetido, á no corresponder al recto sentido de la historia. Lo que la primera significaba, era la imposibilidad para Buenos Aires de ser al propio tiempo la capital orgánica del país y una parte independiente de ese organismo. Cuando un amante repite la protesta de Ovidio: *ni sin tí ni contigo puedo vivir* (1), es muy sabido que sólo lo primero es cierto. En nuestro caso histórico, el epigrama era exacto en su totalidad: la Confederación no podía vivir sin Buenos Aires ni con él. Lo primero se demostró después de Cepeda y lo segundo después de Pavón. Y como Buenos Aires fuera un hecho orgánico y por lo tanto indestructible, de la incompatibilidad fluía la destrucción del hecho artificial. La Confederación había vivido; y Pavón fué el primer triunfo de la nacionalidad. Ignoro lo que valga militarmente esa batalla; ahí no está la cuestión histórica, ni en su estrategia reside la grandeza del vencedor: sino en las consecuencias nacionales é irrevocables que de ese acontecimiento supo extraer. La Nación existía; y tan sólidamente que,

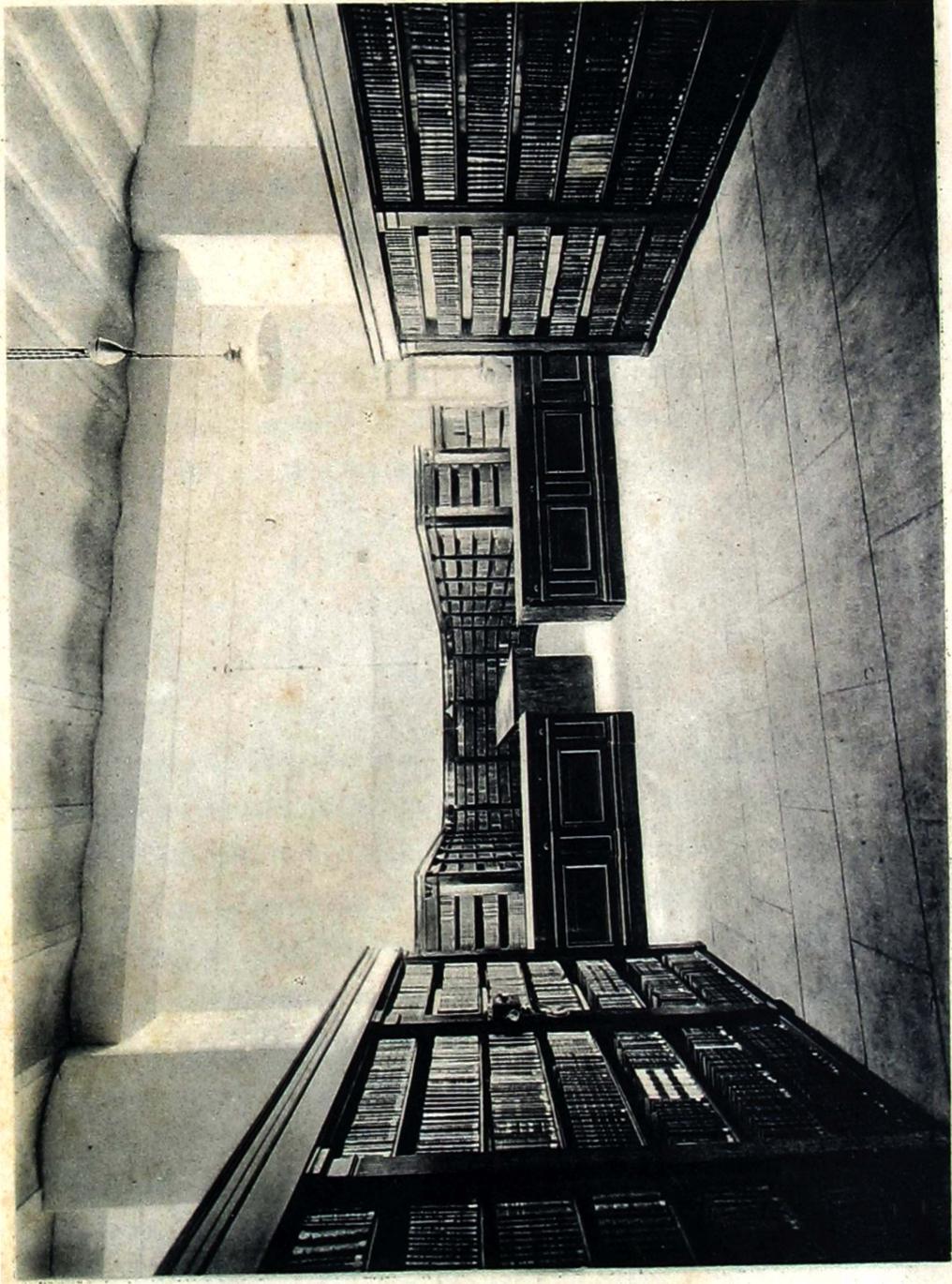
(1) *Amorum*, III. Elog. XI. *Sic ego nec sine te, nec tecum vivere possum.* — Marcial lo ha copiado literalmente, XII, Epig. XLVII.

á pesar de los hombres y de las previsiones, la sangrienta protesta del año 74 no fué más que la confirmación de esa existencia. Así las cosas ¿cómo pudo desconocerse en 1880, después de seis años de experimentación nacional, el sentido real é irresistible de la corriente histórica, y creer que se lograría luchar victoriosamente contra ese destino que, según el dicho clásico, ayuda á los sumisos y arrastra á los violentos? — No se trata de aquilatar candidaturas, ni de buscar cuál fuera el valor del factor argentino que asestó el golpe final: era imposible la victoria, porque el éxito de una jornada decisiva tiene que ser la consecuencia y no la desmentida de veinte años de elaboración. El pronunciamiento del doctor Tejedor puso el *visto bueno* á la batalla de Pavón. — Pero, si no bastara esta breve reseña á demostrar lo que llamaré la *impermeabilidad* de esa naturaleza política, bajo otros aspectos distinguida y hasta superior, sería necesario leer el doloroso documento que, con el título de *Defensa de Buenos Aires*, dió á luz un año después. Seguía no comprendiendo que Buenos Aires, capital de la República, no necesitaba ser defendida; y proclamaba hidalgamente la virtud de su dama, mucho después que el vencedor, al casarse con ella, le había conferido la más alta rehabilitación. — En esos días de Cepeda, precisamente (1), tomaba la redacción del *Nacional* un joven de veintidos años, cuyas primeras palabras contenían todo un programa de nacionalidad. Aquel era un verdadero estadista. Venía á ocupar el puesto de otro espíritu generoso é iluso; y la substitución de Juan Carlos Gómez por Nicolás Avellaneda, cobraba el significado profundo de un símbolo. *Ceci tuera cela*.

Desde 1880, el nombre del doctor Tejedor no ha sido pronunciado sino por la historia (2): la nueva generación casi podría ignorar que él vive aún. Bien sé que su ostracismo es en gran parte voluntario, y que no pide sino « la paz » de Dante, esa melancólica

(1) La *Declaración* de Avellaneda, que encabeza la sección editorial, está en el número del 17 de noviembre de 1859.

(2) Se escribía esto en 1892.



Depósito

vejez. Pero también hay connivencia de sus conciudadanos en aquel largo aislamiento. Si Buenos Aires le ha guardado rencor por su derrota ; si, en este país de todas las amnistías y de las indulgencias menos legítimas, sólo se tiene memoria para el recuerdo inexpiable de un error, conviene decir que se comete una injusticia. Ya no se trata propiamente de vida pública para un hombre nacido en 1818 : pero un homenaje colectivo y espontáneo sería un acto de reparación, al par que de moralidad. No es bueno que la sola sanción del éxito parezca definitiva. No es bueno, sobre todo, para el ejemplo público, que, por una hora de ilusión que fué colectiva, se borren de la memoria argentina cuarenta años de servicios, de labor ilustrada, de intachable probidad. — Á falta de otro más significativo, reciba el noble anciano este testimonio respetuoso, que sale del establecimiento en que pasó los días más tranquilos y fecundos de su madurez.

VI

Después de un pedagogo y un jurisconsulto, tocóle á la Biblioteca ser administrada por un poeta, y, á decir verdad, no fué esta la peor de sus aventuras. Hemos visto ya que presentó su renuncia el doctor Tejedor para entrar en la política ; le sucedió don José Mármol, desde el 23 de octubre de 1858. Su larga dirección no fué señalada por memorables innovaciones, á que, por otra parte, se oponían las circunstancias difíciles en que se agitaba el país. He mencionado ya la marcha ascendente de la asistencia ; y, sin repetir las reservas que formulé respecto de esas estadísticas, es imposible desconocer el hecho general de un aumento paulatino en el número de los lectores. Desde el año de 1866, por iniciativa del ministro Avellaneda, los jefes de repartición comenzaron á cumplir la disposición gubernativa que les ordenaba redactar anualmente una memoria detallada de su especial administración.

Así ha podido estudiarse sin interrupción la marcha del establecimiento y comprobar con datos oficiales su desarrollo real. Á la verdad, los informes anuales del director Mármol son un tanto pobres de lo que su ilustrado sucesor hubiera llamado « doctrina bibliográfica » y que llamo sencillamente ideas generales. De lo que fuera en su conjunto la institución y de lo que debiera ser, de sus enormes deficiencias, así en materia bibliográfica como en organización personal é interna, poco ó nada se aprende con la lectura de dichos documentos, que se parecen demasiado á un balance comercial. Comprobamos con satisfacción que se va regularizando la formación de colecciones periódicas, y que, por la doble vía de la compra y de la donación, se ha enriquecido notablemente el establecimiento. Pero quisiéramos también ver apuntar allí una tentativa de irradiación exterior, que confiriese á la Biblioteca un puesto, aunque fuera el más humilde, en el mundo de los bibliófilos. Los mismos testimonios oficiales del desarrollo material no nos dejan sin inquietudes. Según el inventario certificado de 1866, el número total de volúmenes existentes era de 18.740, incluyendo todos los impresos de cualquier tamaño. Pasaron cuatro años, con especificación de aumentos considerables, los cuales, según las dichas estadísticas, alcanzaron á 1689 volúmenes, fuera de entregas y periódicos: y con todo eso, según el inventario publicado por el doctor Quesada, resultaría que el señor Mármol sólo entregó 18.176 volúmenes á su sucesor (1). Era la biblioteca de las Damaides!

He aludido á la ausencia de toda consideración de conjunto en los varios informes producidos por aquella dirección: debo exceptuar, para ser justo, el correspondiente al año 1870—el canto del cisne—: allí se formulaba una proposición que tendía, « para remediar el mal », á deshacerse de toda la sección de teología, regalándola á cualquier convento. « De este modo la vida de los santos

(1) Según el inventario de 1872, las existencias alcanzaron á 20.104 volúmenes: deduciendo 1928 volúmenes introducidos durante la dirección Quesada, quedan 18.176.

Y estaría en su lugar, y la Biblioteca tendría espacio por algún tiempo para colocar sus obras de ciencias, literatura y artes. » — No necesito decir que « la vida de los santos » representa la mínima parte de la sección proscripta. Pero, lo que no parece sospechar el ilustre autor de *Amalia*, es que ese fondo despreciado contiene precisamente, además de muchas otras cosas, la « ciencia y la literatura » de la edad media; de suerte que, en el auto de fe liberal imaginado por nuestro poeta, lo que iba á desaparecer era la historia documental del espíritu humano durante cinco ó seis siglos! — La teología contemporánea, de Gousset ó Lehmkuhl, es una calabaza vacía. Pero la medieval, congloba la filosofía escolástica que comienza con Juan Scoto Erígena y san Anselmo, para continuarse en Abelardo, Pedro Lombardo, y, después del trasiego judeoarábigo de Aristóteles, florece magníficamente en los siglos XIII y XIV con Hales, Alberto Magno, Tomás de Aquino, y la escuela franciscana de Buenaventura y Duns Scot, para rematar con Raimundo Lulio y Ockam en los umbrales de la edad moderna, y allí transmitir al Renacimiento la sagrada antorcha, gracias á ella nunca apagada, de la antigua sabiduría. Esa teología, que avasallaba á la filosofía — *ancilla theologiæ* — la comprendía toda entera: es decir, que representa, bajo sus formas bárbaramente artificiales, la suma y la esencia del espíritu humano en lo pasado, como las representan en lo presente las especulaciones totales de Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte y Spencer, y bajo otro aspecto, recolecciones como el *Cosmos* y las enciclopedias. — Y esto, sin hablar de la exégesis sagrada, de toda la patología griega y latina, de los *Acta* de los Bollandistas — ya que á tientas hablaba de « Vidas de santos » — y de otros tesoros inapreciables de la erudición, que ese niño terrible del romanticismo quería desterrar á fuer de libre pensador. ¡Cómo se ve que nunca pudo probar esa fruta prohibida! Nuestra sección de teología, con sus magníficas ediciones de santos Padres, de escolásticos, de concilios, de biblias — entre ellas la *Políglota*, que hemos hecho encuadernar con el lujo que se me-

rece, — con sus comentadores antiguos y modernos, desde san Agustín hasta la *Enciclopedia religiosa* de Litchtenberger, es la base noble de la Biblioteca, la parte que, unida á nuestros viejos tratados de ciencia é historia, la salva de la vulgaridad completa que revestiría con proveerse tan sólo de la mercancía novedosa ó utilitaria adquirida en los escaparates del comercio.

✓ Pero, no seamos muy severos para ese hombre de bien y ardiente patriota, cuya accidentada vida fué el verdadero poema que no supo escribir, sino por páginas sueltas y breves fragmentos. La culpa mayor en sus dislates críticos y oratorios pertenece á la organización social incompleta y provisoria, de que antes hablé, y según la cual la vida pública es el fin y la consagración de todas las notoriedades. Mármol fué escritor y orador político, diputado, senador, casi ministro, lanzándose á las discusiones más especiales y técnicas, tendiéndose á fondo en el asunto más extraño á sus aficiones, con admirable intrepidez. Su falta de preparación era enciclopédica. Pero, á semejanza del canario incitado á trinar cuando la plática es más ruidosa y confusa, él se sentía tanto más dispuesto á acometer la discusión cuanto era ésta más ardiente y él más ignorante de la materia tratada. Han quedado célebres algunas de sus salidas á « Puerto Lápice », como su improvisación en el Congreso sobre las leyes mecánicas de la tracción en los ferrocarriles. Hubiera discutido con Burmeister sobre zoología, lo mismo que rebatía á Vélez Sarsfield sobre derecho. « ¡ Si no sabe no se meta ! » soltóle un día el terrible cordobés. ¡ Quedar callado ! No hablar ni escribir sino de lo que se tiene estudiado : el remedio era heroico, y recetable á muchos otros que Mármol. ¡ Qué calma profunda, entonces, qué silencio de oro en el Congreso y fuera de él !

Temo que no me será fácil hablar con equidad de la literatura de Mármol, aun apartando de todo examen su teatro y sus *Pensamientos á Teresa*, que, francamente, son ilegibles. Paréceme que el poeta de las *Armonías* y el novelista de la *Amalia* se había formado de la poesía el concepto que considero más inexacto y trivial. Donde

buscamos nosotros una concentración de sentimiento, intensa y rápida como un *Lied* de Heine, ó sugerente y musical como una estrofa de Tennyson, procuraba él un efecto oratorio, un desarrollo temático, un impulso á la acción política y social. Su ideal del poeta era el « bardo », el « profeta visionario » que posee la palabra del problema eterno y el secreto del porvenir: en suma, una reproducción de esas actitudes pontificales de Víctor Hugo, que el mismo genio no salva siempre de la ridiculez. Y Mármol no tenía genio. — Además — y la crítica pasa ahora muy por cima de su cabeza inocente — reprocho á la raza latina el confundir á menudo la poesía con la elocuencia y el buen decir. De ahí toda esa literatura rimada de invocaciones, poemas didácticos, yambos satíricos y epístolas morales, discursos, contemplaciones y meditaciones filosóficas que tantos estragos han hecho en liceos y ateneos. Nosotros, latinos, somos ante todo oradores (1); los del norte son los poetas. Y en la balanza de la poesía universal, es posible que todas las odas á lo Quintana pesen menos que una estancia del *Intermezzo*.

Prodújose ha medio siglo una extraña explosión de lirismo. La aparición simultánea de cuatro ó cinco poetas de genio (2) esparció por el mundo una gran ilusión; creyóse en la soberanía intelectual de la imaginación literaria. Estos países de asimilación cubriéronse de Childe-Harolds con capa española, desesperados y consumidos. Parecía que la estrofa fuera la fórmula del porvenir. Todo eso se ha desvanecido, y, entre las cosas enterradas, ninguna lo está más profundamente que el romanticismo. Ahora parece sueño el caso de Lamartine, ministro de negocios extranjeros y casi presidente de la República. Esa llamarada suprema era un adiós; y no es probable que vuelva á cruzar nuestro cielo tanto cometa de rutilante cabellera é imperceptible núcleo.

(1) El genio escapa á toda definición genérica.

(2) La influencia « latina » de Goethe y Byron fué tardía y coincidió con el romanticismo francés.

En su esencia, la poesía subjetiva es inmortal; es el sentimiento de individualización del hombre respecto del mundo, la conciencia obscura y dolorosa de su aislamiento en el concierto universal; el antagonismo de un pensamiento infinito dentro de una organización enfermiza y fugaz. En su mismo paso efímero sobre la haz de la tierra, el sér humano se sobrevive fatalmente. Mientras en torno suyo todo subsiste ó resucita, él ha visto morir sus esperanzas y sus amores; y el hombre maduro es el sepulcro de su propia juventud. Por eso, la nota fundamental de la poesía moderna es la tristeza incurable, la falta de un algo nunca visto, la punzante nostalgia de lo pasado, que es la ausencia en el tiempo — el pesimismo. Tal es la substancia poética, eterna como el alma humana, pero en cuya definición no cabe esa falsa poesía objetiva y decorativa, verdadera parásita de la imaginación: la pintura de Veronese en consonante. Sobre todo, su expresión no requiere necesariamente el molde estrecho del verso ni su ritmo mezquino y convencional (1). Para pensar y expresar lo bello, el hombre moderno tiene la ciencia, la filosofía, la historia, la novela; para balbucir su turbación profunda ante el misterio de su destino, le basta la música. — Como en esos caminos de la sierra andina, cortados en la barranca del río, y que se estrechan cada día entre el desplome de la roca y la erosión de la corriente, la poesía escrita tiene que extenuarse fatalmente bajo la doble absorción de la ciencia y de la música. ¿Qué representan ya sus tentativas filosóficas ó descriptivas, comparadas con una síntesis viril de Spencer, un capítulo de Renan, una pintura de Flaubert? ¿Qué vale su pobre lira tetracorde, su ritmo melódico con el ensayo impotente de la consonancia repercutida, al lado del torrente armónico de la sinfonía musical? — La

(1) Tan es así, que la mayor parte de los poetas que leemos y citamos no se comunican con nosotros sino por el pensamiento, como prosistas. Casi nadie siente el ritmo de una lengua extranjera; y por eso abundan esas traducciones en verso, parodias del original, que comienzan con cambiar el ritmo y equivalen, desde luego, á transcribir un *adagio* en compás de *allegretto*.

múltiple selección de la ciencia, de la filosofía, de la historia, de la música agotará la probabilidad del gran poeta futuro. Si nace un Goethe en el siglo xx, resultará un Geoffroy Saint-Hilaire; si un Shelley, vendrá á ser un Schumann más exuberante y audaz. Lamartine no tendrá sucesor en el arte, como no le tuvo en la Academia. El juego anticuado del ritmo y del consonante no desaparecerá brusca ni absolutamente: quedará pululando en las literaturas artificiales y regresivas; en las otras, será sólo un pasatiempo refinado y arcaico, como el latín de los epitafios. Podrán engastarse en un soneto un pensamiento nuevo, una metáfora feliz; pero en lo que respecta á poemas épicos y descriptivos, á dramas en verso y odas fríamente delirantes: conservarán algunos lectores estudiosos los antiguos, pero los nuevos que se escribieren no tendrán influencia apreciable ni alcanzarán audiencia general.

La poesía en verso era la nave antigua con su proa esculpida y encorvada en pétalo, con su blanca vela henchida y palpitante como un seno de mujer, que jugaba ó luchaba con la brisa ó el vendaval, remedando su comba graciosa el creciente lunar y la fuga sinuosa de la ola. Pero la que llevaba entonces, de pueblo á pueblo, el saber, la riqueza, el progreso reciente, no será de hoy más sino el esquife de recreo ó la barca del pescador. La ha reemplazado el vasto buque de hierro, depósito de electricidad y vapor, que parte la marejada y desdeña al huracán; cuya rugiente máquina, substituyendo al capricho del viento su propia fuerza interna y á la ráfaga inconstante el cálculo del potencial, pasa en la noche del océano con un rumor de tormenta y deja un reguero luminoso de estrella fugaz. Este monstruo de acero, con su ojo encendido de cíclope, no ya el bajel de Ulises que se mecía al cantar de las sirenas, será el gran factor del progreso moderno y el mensajero de la civilización.

No hay que decir si Mármol creía en la « misión social » del poeta; ha escrito todo un drama para demostrarla, y su obra entera es una amplificación de ese asunto pueril. No lo había agotado en la vejez; y en un prefacio que figura entre sus últimos escritos, des-

pués de evocar las clásicas epopeyas á propósito de « Anastasio el Pollo », desenvuelve otra vez su « tema » favorito: á saber, que la obra maestra de la poesía es la *Marsellesa*, ó el himno de López— ó acaso la invectiva á Rosas— y que los tiempos menguados que siguieron á Caseros no podían producir sino versos sentimentales y entecos— como los de Estanislao del Campo. ¡ Inmensa novedad, que se evidencia con sólo recordar la *platitud* inenarrable del arte contemporáneo de Marengo y Austerlitz! En cuanto á la eficacia militar de los himnos guerreros ¿ no os parecería más lógico predecir la victoria al ejército provisto de los mejores músicos ?

Como siempre sucede cuando el artista se torna crítico, Mármol erigía en teoría general sus preferencias y aptitudes. Sentía que de su obra fragmentaria no quedaría para los futuros « Parnasos » más que su vigorosa imprecación. De la envejecida *Amalia*, no es ya soportable sino lo que menos nos interesaría en el robusto Walter Scott ó ese prodigioso hilvanador de Dumas: la parte realmente histórica de Rosas y su tiempo. Si he de hablar de su estilo en prosa y verso, me parece una mezcla de énfasis pretencioso y abrigillada vulgaridad, sobre cuya trama común se destacan algunos bordados de dibujo feliz y rico colorido. Por otra parte, hay tan poca originalidad en el concepto como en la expresión: son ecos y reflejos del romanticismo español, el cual procedía de Inglaterra y Francia. La imitación de Byron, Hugo y Lamartine es allí tan frecuente como en las peores páginas de Echeverría; y por lo que respecta á la de Espronceda y Zorrilla, casi equivale á una colaboración. En la misma célebre pieza *A Rosas*, en que la indignación le levanta del suelo, prestándole aliento y verdadera inspiración: al lado de versos soberbios y vaciados en bronce (1) ¡ cuánta impropiedad en la imagen y embarazo en la dicción! También se abandonó con dilección á ese verso alejandrino, más francés que español, muy

(1) Por ejemplo:

« Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra
Y en pos de la palabra la puñalada va ! »



Despacho del Director

inferior al flexible endecasílabo, y cuya fácil monotonía pide el arte de un Zorrilla en la elección de los vocablos y la alternancia de los dácilios. Su habilidad técnica era tan rudimentaria como su gusto. No se conoce de él una estrofa perfecta, de esas que suele acertar cualquiera poetilla de salón. En su inconsciencia, aparece con un verso elegante y brioso otro incorrecto y mal nacido, ripio que pelea con su rima recalcitrante. También hay algo de esto en Echeverría; pero salvado casi siempre por no sé qué soltura y espontaneidad nativas, por un golpe de ala que le levanta por cima del pantano. Tampoco éste sabía caminar, pero volaba cuando quería: era de la raza divina, y, á pesar de sus defectos, queda su *Cautiva* tan superior al *Peregrino* como una flor de la pampa á su remedo de papel.

Los porteños, con todo, conservarán de José Mármol un recuerdo melancólico, porque amó á su Buenos Aires por sobre toda cosa en el mundo, y ello, cuando « sentada y sola como viuda », necesitaba ser amada. La quiso en verdad como á una amante: no sé qué monumental « Teresa » de cal y canto, cuya profanada belleza recordaba en el destierro con enternecimiento; y sus feroces invectivas al verdugo revelan el resentimiento desesperado y dolorido de su pasión. Por eso, su fama vivirá más que sus versos entre su gente; y por mucho tiempo aún su nombre nadará sobre el olvido, señalando, como boya flotante, el lugar mismo donde su obra se sumergió.

VII

Era ya el doctor don Vicente Quesada un abogado y publicista de notoriedad cuando, por fallecimiento del señor Mármol, tomó la dirección de la Biblioteca pública, el 23 de septiembre de 1871.

Para dedicar toda su actividad á estas nuevas funciones, interrumpió la publicación de la *Revista de Buenos Aires*, que había fundado en 1874, con el doctor Navarro Viola. Con la *Revista Argentina* de José Manuel Estrada, aquélla debe tenerse por la tentativa

más seria hecha en el país (1), para aclimatar esa forma periódica, que participa del libro por su materia y del diario por su actualidad. No hay que recordar la parte que cabe á las revistas europeas en el moderno movimiento intelectual. Desgracia ha sido que ninguna publicación análoga pudiera implantarse sólidamente en esta tierra movediza y fofa. Todas han sucumbido, á pesar de las condiciones económicas de su elaboración. Tal vez estas mismas condiciones sean una de las causas del fracaso. La *Revue des Deux Mondes*, como todas las publicaciones similares que han alcanzado éxito, tiene una base industrial. Quiero decir que su director la considera ante todo como una empresa: él gobierna pero no colabora; le basta saber juzgar las producciones como un comerciante aprecia los productos. No es el objeto de una revista dar salida á las lucubraciones del fundadõr ó de sus amigos, sino satisfacer al público, que se interesa muy poco por conocer las relaciones de la dirección con la colaboración. Lo que quiere el subscriptor es que la mercancía sea variada y buena; y la mercancía intelectual tiene un valor venal generalmente correspondiente á su calidad: las excepciones confirman la regla. En nuestros países de hidalgos, se ignora lo que sea remuneración del escritor. Las revistas se alimentan con la prosa de sus directores ó la colaboración gratuita: de ahí ciertas condiciones casi inevitables de monotonía é inferioridad; pues, á la larga, el promedio de lo que se da de balde no vale mucho más.

La *Revista de Buenos Aires*, ceñida á su programa, se mantuvo casi exclusivamente con literatura, historia y bibliografía de la tierra. La colección forma un conjunto de datos y apreciaciones casi indispensable para el estudio de estas regiones sudamericanas. Allí vieron la luz, además de multitud de documentos inéditos extraídos de la Biblioteca y el Archivo, muchos trabajos originales de Juan M. Gutiérrez y los ensayos del doctor López sobre filología y etnografía del Perú. — La colaboración del director Quesada revela

(1) Creo que la *Revista del Rio de la Plata* puede considerarse como la continuación de la *Revista de Buenos Aires*.

una fecundidad asombrosa: la lista de la mitad de sus artículos ocupa tres columnas compactas del índice. Historia, crítica, literatura imaginativa, derecho, educación, bibliografía: todo lo abordaba con una facilidad risueña que parecería increíble á los artistas ó pensadores de producción limitada y angustiosa. Además de sus artículos y de sus notas oficiales, que ha recogido en volúmenes, el doctor Quesada ha publicado veinte libros sobre los territorios argentinos del extremo sud, la cuestión chilena, tradiciones americanas, impresiones de viaje, etc. ¡Es el único productor que podríamos oponer al chileno Vicuña Mackenna! — Desde nuestro punto de vista bibliográfico, merece mención especial una reseña de las principales bibliotecas europeas, que alcanza las proporciones de un octavo mayor de 650 páginas. Desgraciadamente, no ha sido publicado aún el segundo tomo, sobre las bibliotecas de la América latina, que hubiera contenido alguna novedad.

Esa producción enorme del doctor Quesada no revelaba únicamente las pretensiones modestas del escritor: era indicio de una actividad bibliográfica y administrativa que iba á encontrar en la Biblioteca un campo casi virgen que explotar. Como dije ya, ha recogido cuidadosamente en volumen las cuatro Memorias anuales que, acerca de su laboriosa administración, elevó sucesivamente al Gobierno de la provincia, sin dejar extraviada una sola nota oficial con su correspondiente respuesta. Allí, más que en los registros ó índices de clasificación, puede tomarse idea de su acción infatigable. Si han podido parecernos un tanto sucintas las Memorias del señor Mármol, no merecerán el mismo reproche las de su sucesor.

Acaso podría encontrarse en esas páginas oficiales cierta exuberancia del autor poseído por su materia. Se atribuye á las « reglas bibliográficas », á los sistemas de clasificación y á la « biblioteconomía » — para emplear una palabra que Zinny hallaría breve — una virtud un poco desproporcionada con su eficacia real. El doctor Quesada « cumple con el deber » de exponer al señor ministro — era el doctor Malaver — todo lo que acerca del grueso y del tamaño, de

colofón y justificación de los impresos han asentado los « tratadistas ». Está inagotable en citas de Brunet, Constantin, Cousin y demás profetas de esta teneduría de libros trascendental. Pero, sabido es que tales materias poco tienen que ver con el gusto ; por otra parte, ese ligero acceso de bibliomanía está más que compensado por la conciencia y el celo con que el nuevo director desempeñó sus deberes profesionales.

De los cuadros estadísticos correspondientes á la administración del doctor Quesada — y que esta vez reputo exactos, — resulta que en cinco años la Biblioteca se enriqueció con 9716 volúmenes, correspondiendo 2363 á la sección de derecho, 2133 á la de literatura, 1685 á la de historia, 3109 á la de ciencias y 44 á la de « casuística » — que significaba *teología*, según una sinonimia que el venerable Brunet no encontraría muy ortodoxa. Además, 382 volúmenes de periódicos. Si se agrega á ello que gran parte de dicho aumento se refiere á obras de estudio y consulta, es decir á verdaderos instrumentos de trabajo, no podrá desconocerse la importancia del esfuerzo realizado. En ese conjunto van comprendidas las obras donadas, que no eran ya únicamente las pocas procedentes de la generosidad particular, sino también los envíos del exterior. El doctor Quesada, con una insistencia que le honra, logró entablar relaciones de canje de esta Biblioteca con muchas corporaciones y establecimientos congéneres de Europa y América. Y si bien dichas relaciones cesaron por falta de « alimentación » recíproca, los resultados inmediatos fueron muy apreciables.

Era lógico que el enriquecimiento de la Biblioteca coincidiese con el aumento gradual de la asistencia. El número anual de lectores ascendió de 2504 en el año de 1872, á 6192 en 1876. Este acrecentamiento de la concurrencia imponía un trabajo de catalogación, siquiera de carácter provisorio, que se realizó parcialmente con el escaso personal. También se dió principio al ordenamiento de los manuscritos en volúmenes y con índices analíticos. Entre las mejoras de orden interno que pertenecen también á esa laboriosa admi-

nistración, merecen figurar la confección y sobre todo la *observancia* del reglamento, que con leves modificaciones hemos adoptado, así como el nuevo horario que también rige en la actualidad; la instalación del taller de encuadernación en el propio establecimiento, con ventajas para el orden y la economía que es ocioso enumerar. No cabe en esta breve reseña la enumeración de las refacciones é instalaciones materiales que en esos años se ejecutaron, tendentes todas á paliar los males casi incurables debidos al local estrecho, á la escasez de aire y luz, con sus deplorables consecuencias para la conservación del fondo bibliográfico. Un viaje del director á Europa, en 1874, no interrumpió el movimiento progresivo, antes bien redundó en beneficio del establecimiento, por el estudio práctico que allí pudo hacer de las instalaciones más convenientes, como se infiere de su libro citado, y también por las adquisiciones valiosas que personalmente logró realizar, especialmente en España.

Peró, la gran mejora llevada á cabo durante la administración del doctor Quesada—puesto que la propuso como director y la hizo ejecutar como ministro de gobierno,— es la construcción é instalación completa de la nueva sala de lectura, que realizó durante los años de 1877 y 78. Esta obra relativamente considerable significó una transformación del establecimiento y su incorporación, puede decirse, en el número de las bibliotecas modernas verdaderamente dignas de este nombre. El salón central, que fué construído en terreno desocupado y sin detrimento de las antiguas salas de lectura y depósito, era, desgraciadamente, de proporciones un tanto exiguas; pero con su luz vertical, aunque escasa, sus cuatro pisos de balcón corrido y escaleras angulares para la fácil comunicación, con sus armarios de vidriera y su amueblado cómodo y de gusto sobrio, constituía una instalación confortable y decente para el tiempo. La división del salón correspondía, algo artificialmente, á las cuatro grandes secciones de la Biblioteca: en cada estantería circular se colocaron, pues, las obras más importantes ó usuales de la sección respectiva. En realidad, una sola numeración corrida es

- la que permite hallar fácilmente el libro buscado, de suerte que el empleado más novel adquiere en pocos días la práctica de su oficio. Esa organización, que en lo fundamental ha subsistido muchos años, es obra del director Quesada y, conjuntamente con las otras innovaciones que de paso he apuntado, señala en los anales de la Biblioteca un puesto de honor á su laboriosa é ilustrada administración.

La dirección del señor don Manuel Ricardo Trelles, nombrado el 17 de abril de 1879, se prolongó hasta la cesión del establecimiento al Gobierno nacional, en 1884, y fué también marcada por numerosas mejoras de orden bibliográfico y material. Fuera de las atenciones estrictamente señaladas por la índole de la institución, es natural que cada director, dedicado por entero á su desarrollo, imprima cierto carácter propio á su actividad. El predecesor había sido ante todo un propagandista; el actual, archivero por sus aficiones y antecedentes, se aplicó preferentemente al ordenamiento y complementación del fondo americano, continuando en la *Revista de la Biblioteca* la publicación de documentos históricos que había iniciado en la *Revista del Archivo* y en diversas obras personales que diera á luz. Abajo del grupo privilegiado de los pensadores originales, que sintetizan los hechos en grandes leyes filosóficas, pintan el cuadro de una evolución social ó imprimen dirección á un arte ó una ciencia; después de esos espíritus eminentes á quienes tributamos nuestra admiración, debemos conservar aprecio y agradecimiento por los infatigables investigadores de datos y documentos, que consagran su vida al establecimiento minucioso de la verdad, preparando así, con su labor modesta, la obra de los primeros. En este orden utilitario de la producción intelectual, merece ocupar un puesto muy estimable el honrado argentino á quien dedico estas líneas.

Su larga existencia (nació en 1821) fué consagrada á la historia americana en todas sus manifestaciones políticas ó etnológicas: documentos oficiales, manuscritos privados, memorias, historias,

exploraciones y relaciones de viajes, numismática ; todo lo había escudriñado con ardor y sagacidad. Su entusiasmo no se detuvo ante las manifestaciones, á veces un tanto ingenuas, del arte ó del gusto nacional ; y se dice que su galería de pinturas era especialmente rica en obras que llamaremos documentales : de personajes y asuntos americanos. Así como no es probable que sacrificara una carta del virrey Vértiz por un manuscrito de Shakespeare, es muy dudoso que hubiera aceptado una geórgica de Millet en cambio del retrato de Matorras, primer explorador del Chaco, « pintado por su sobrino ». Es la pasión del anticuario, respetable como todo lo que es sincero. Y á este fervor de exhumación debemos una serie de publicaciones, cuya utilidad inmediata ó futura no se debe discutir. Organizó la primera estadística correcta de la provincia de Buenos Aires, publicando un *Boletín* semestral cuya colección, de 1856 á 1872, no forma menos de 16 volúmenes. Sus estudios documentados de nuestros límites con Chile, Bolivia y el Paraguay, representan una suma de labor enorme y un servicio considerable prestado á su país. Su *Indice* del archivo del gobierno de la Provincia ha sido el primer hilo conductor en ese laberinto. Hemos mencionado ya las dos publicaciones periódicas, cada una en cuatro volúmenes, que señalaron su doble administración del Archivo y de la Biblioteca : constituyen un verdadero tesoro de materiales auténticos ; y no hay historiador que no deba agradecerle el tiempo y el trabajo empleados en tan ímproba tarea. En numismática, por fin, son tanto más meritorios sus laboriosos ensayos de clasificación, cuanto que no pudo adquirir en su país y época la preparación científica que guía al investigador, en esta rama auxiliar de la historia.

Tocóle como bibliotecario dar cima á las útiles reformas del director antecedente é inaugurar el nuevo salón de lectura, clasificando provisionalmente las 8699 obras entonces distribuídas en sus cuatro secciones. Esta instalación permitió, además, repartir en las estanterías disponibles gran copia de obras encajonadas ó diseminadas en el local. También se dió colocación y arreglo conveniente á

las importantes colecciones de periódicos, encuadernando no pocos volúmenes en el taller del establecimiento. En tanto que seguía su curso la obra de organización, se acrecían anualmente las existencias bibliográficas, llegando su aumento á representar en los cinco años de esta administración un total de 3386 volúmenes, de los cuales 2402 procedían de compra y 984 de donación. En este número no figuran los manuscritos, entregas, periódicos y mapas, que suman una cantidad considerable. Además, debe tenerse en cuenta que, durante aquellos años, el canje con el exterior era casi nulo, y hasta las publicaciones oficiales de la nación se conseguían con dificultad. El señor Trelles demostraba con razón gran empeño por completar las colecciones de periódicos americanos y especialmente argentinos. Logró así restablecer algunas publicaciones muy importantes en su integridad, al propio tiempo que regularizaba en lo posible la recepción de las actuales. En otra reseña especialmente bibliográfica, volveré sobre esta faz interesante de la Biblioteca. Del inventario general practicado en 1882, resultó que la Biblioteca poseía entonces 32.600 volúmenes impresos, de todo tamaño é índole. Algunas divergencias entre los inventarios totales y las cifras que procederían de los aumentos sucesivos, provienen de no incluirse en éstos las entregas que forman volúmenes después de la encuadernación.

Al principio, la concurrencia de lectores continuó la misma marcha ascendente, después del período de vacilación que siguió á la clausura del establecimiento, por las causas ya señaladas. Los cuadros estadísticos de los dos primeros años dan las cifras siguientes: 6953 en 1880 y 7715 en 1881. En el año de 1882 descendió á 6271, hasta que en el de 1883, que puede considerarse á este respecto como el último de esa administración, no fué sino de 5898 lectores. Es notable esta disminución de 1817 lectores respecto del año anterior. En su memoria anual, el señor Trelles la atribuye al desarrollo de algunas bibliotecas existentes, y especialmente á la llamada « Biblioteca popular del Municipio ». Si la explicación es

exacta, debemos atribuir la reacción que se ha producido en estos últimos años, al hecho de haberse enriquecido la Biblioteca con obras que los lectores necesitaban y no hallaban en dicha biblioteca popular.

Tales son los rasgos principales de esa laboriosa administración que fué digna de su antecesora. Producida la nacionalización del establecimiento, como consecuencia inevitable de la ley de la Capital, el señor Trelles no creyó compatible el nuevo carácter de su cargo con su situación personal respecto del gobierno de la nación. Por su fondo y su forma, la renuncia que presentó no podía dejar de ser aceptada. Fué nombrado en su reemplazo el doctor don José Antonio Wilde.

Era lógico que, al declararse á Buenos Aires capital de la República, quedaran incorporados en la nueva jurisdicción los tres establecimientos contiguos, y de carácter tan esencialmente nacional, como son el Museo, la Biblioteca y el Archivo. Concordes en el fondo de la cuestión, ambos gobiernos nombraron comisiones encargadas de realizar esta cesión, con arreglo á los antecedentes históricos existentes y á los principios de equidad y conveniencia general. Componían la comisión nombrada por el gobierno nacional los señores teniente general don Bartolomé Mitre, doctor don Andrés Lamas y doctor don Amancio Alcorta; representaban al gobierno de la provincia los señores doctores don Aristóbulo del Valle, don Juan José Romero y don Francisco P. Moreno. Como era de esperar, se concluyó el convenio sin dificultad: justipreciado el valor venal de las existencias de la Biblioteca, y reservadas, además de las colecciones de documentos provinciales, « las que formaban las *Revistas* del director Trelles y los cuadros del futuro museo de pinturas », la comisión provincial hizo entrega del establecimiento á la nacional, el 9 de septiembre de 1884.

El doctor don José Antonio Wilde inauguró la era nueva de la institución que pasaba á ser Biblioteca Nacional. Organizado el per-

sonal del establecimiento por decreto de 5 de octubre del mismo año, el director sometió á la aprobación del ministerio un proyecto de reglamento que fué declarado vigente en diciembre de 1884. Con decir que le sorprendió la muerte, en su residencia de Quilmes, poco más de un mes después, el 14 de enero de 1885, queda entendido que no tuvo tiempo para dejar más rastro de su paso por la Biblioteca. Su muerte fué tan sinceramente sentida como había sido respetada la existencia de aquel hombre de bien, que, además de un educador ilustrado, era un escritor lleno de soltura y amenidad. Nació en Buenos Aires, en 1813, y era hijo del conocido ciudadano inglés don Santiago Wilde, que se estableció definitivamente en este país á principios del siglo y fué uno de los organizadores de la hacienda pública y fundador del *Argos*, en su primera y breve existencia. El doctor don José A. Wilde ejerció durante muchos años la medicina en su ciudad natal, no sin alternar sus ocupaciones profesionales con sus aficiones de escritor. Además de varios trabajos de colaboración en la prensa de Buenos Aires, publicó numerosas obras didácticas; entre éstas han quedado populares un *Silabario argentino* y su estimable *Compendio de higiene pública y privada*. Se estableció en Quilmes, poco después de la batalla de Pavón; y por su espíritu progresista, su propaganda educativa y su incansable abnegación como médico de aquel municipio, dejó allí recuerdos duraderos entre todo el vecindario, que asistió conmovido á los funerales de su bienhechor. En ese retiro tranquilo, al acercarse los años pensativos de la vejez, fué donde escribió la obra agradable é instructiva que quedará como su mejor título literario. El libro de recuerdos que dió á luz en 1881, con el título de *Buenos Aires desde setenta años atrás*, es excelente en su fondo y forma, por la sinceridad del acento, la exactitud de los bosquejos y la ausencia de pretensión en el estilo. Es lástima grande que el autor no lo haya completado, con otra serie de recuerdos más precisos y minuciosos aún. Nada más provechoso y ameno que esas *Memorias de un setentón*, como Mesonero Romanos intituló á su mejor obra: esas reminis-

cencias de un testigo de vista, cuando sabe el lector que puede confiarse á su memoria y á su buena fe. Tanto por su mérito real, como por la escasez de obras similares entre nosotros, el libro del doctor Wilde ha de ser por mucho tiempo leído y acaso reimpresso; y esta discreta fama póstuma será el digno complemento y la recompensa de toda una vida de modestia, trabajo y honradez.

Por decreto de 19 de enero de 1885, el que escribe estas líneas fué nombrado director de la Biblioteca Nacional.



